

EL ÁNFORA ÁTICA DE LA COVA DELS PILARS (AGRES, ALICANTE): UNA PROPUESTA DE LECTURA ICONOGRÁFICA EN SU CONTEXTO ESPACIAL IBÉRICO

POR

IGNACIO GRAU
Universidad de Alicante

RICARDO OLMOS
Instituto de Historia, CSIC

Con un apéndice de JULIO GONZÁLEZ-ALCALDE
Universidad Complutense

RESUMEN

Se estudian los fragmentos dispersos de un ánfora ática de figuras rojas del segundo cuarto del siglo V a. C. procedente de la Cova dels Pilars (Agres, Alicante), con la representación de un auletér y un efebo con lira y, en el reverso, tres jóvenes. El ánfora se sitúa en su contexto ibérico, como un posible monumento que adquiere un nuevo sentido en este recinto singular. Sería testimonio y modelo de un ritual de iniciación de adolescentes, que ha podido desarrollarse en el amplio espacio interior de la cueva, frecuentada al menos desde época orientalizante y hasta época ibero-helenística. La Cueva dels Pilars actúa como santuario que, en torno a los oppida ibéricos de Mariola y La Covalta, construye el territorio sacro y político del valle de Agres. Es espacio liminal en relación con los confines territoriales y con la vía de circulación del valle.

SUMMARY

The dispersed fragments of an Attic red-figured amphora dated in the second fourth of the 5th century BC, proceeding from the Cova dels Pilars (Agres, Alicante province) are analysed. This vessel shows the representation of an auleter and an ephebus with lyre and, on the back side, three young men. The amphora is placed in its Iberian context, as a possible monument that acquires a new sense in this singular precinct. It would be testimony and model for an ritual of initiation, that has been able to be developed in the extensive interior space of the cave. The place was frequented since Orientalizing period until Iberian-Hellenistic times. The Cova dels Pilars acts as a sanctuary that builds the sacred and political landscape in the valley of Agres, around the Iberian oppida of Mariola and La Covalta. It is a liminal space in relation to the territorial boundaries and the communication corridor of the valley.

PALABRAS CLAVE: Ánfora de figuras rojas, Cueva santuario, rito de iniciación, Contestania Ibérica.

KEYWORDS: Attic red-figured amphora, Sanctuary-Cave, Initiation ritual, Iberian Contestania.

INTRODUCCIÓN *

Conocida desde antiguo, La Cova dels Pilars (fig. 1) fue explorada durante las primeras décadas

* Nuestro estudio del ánfora se ha beneficiado de una detenida discusión de los fragmentos con la Profesora Carmen

del s. XX por C. Visado, director del *Museu Arqueològic d'Alcoi*, quien dio vagas noticias de la existencia de restos de época ibérica¹. A partir de mediados de los años 70, el lugar fue frecuentado por un grupo de aficionados a la arqueología de la vecina población de Cocentaina, quienes realizaron algunos sondeos en su interior y recopilaron un amplio lote de materiales. Poco después de esta intervención, en 1978, la cueva fue explorada por miembros del grupo de estudios locales *Centre d'Estudis Constestans* quienes realizaron algunas prospecciones y un levantamiento topográfico de su interior, al tiempo que almacenaban los materiales de la rebusca anterior, principalmente cerámicas y restos humanos de diversas épocas. Junto a este lote principal, otro conjunto de cerámicas se encuentra depositado en el Colegio de los Padres Franciscanos de Ontinyent y unos fragmentos permanecen en manos de un coleccionista particular.

Las primeras descripciones de La Cova dels Pilars se encuentran en la obra de M. Gil-Mascarell quien la incluyó en su estudio sobre el uso de las cavidades en época ibérica con el nombre inexacto

Sánchez, de la Universidad Autónoma de Madrid, quien es autora de los dibujos del vaso griego en este trabajo. Ambos autores somos deudores de sus comentarios. Esteban Moreno, del Instituto de Historia, ha completado el tratamiento gráfico del ánfora. La Profesora Teresa Chapa ha aportado observaciones y precisiones importantes, que agradecemos e incorporamos en el trabajo. Agradecemos igualmente las facilidades para el estudio de los diversos fragmentos a los Sres. Josep Maria Segura, director del Museo de Alcoi, a M. Hernández, P. Ferrer y E. Català, responsables del Centre d'Estudis Constestans y a la dirección del colegio «La Concepción» de Ontinyent, en especial al padre Castaño, director, y al padre Sendra, responsable de la colección del colegio.

Trabajo realizado dentro de los proyectos de investigación, «Animales y plantas en las religiones del antiguo Mediterráneo: Iberia y Grecia» (BHA2002-00844) y «De Ilici a Elo. Un proceso de transformación cultural en el sureste de la Península Ibérica» (BHA 2002-02028).

¹ C. Visado, *Alcoi. Geología. Prehistoria*. Alcoi 1959, 74.

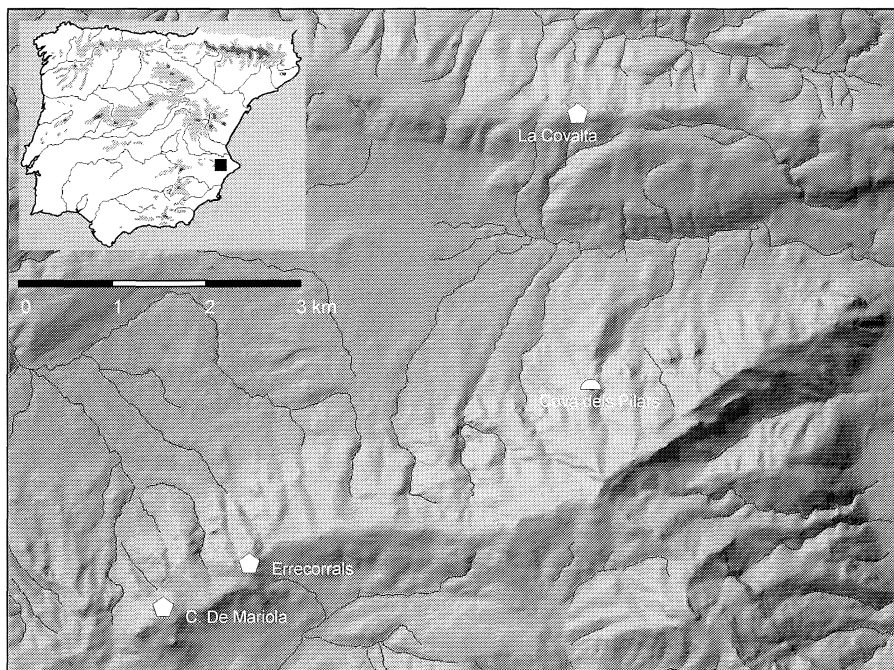


Fig. 1. Localización de La Cova dels Pilars (Agres, Alicante) en su entorno geográfico.

de La Cova de la Pileta y la clasificaba como cueva refugio². Con posterioridad, se realizaba una detallada descripción y caracterización del registro arqueológico en el estudio del poblamiento antiguo de Agres realizado por J. M. Segura³. Por último, han sido estudiados la ocupación y los materiales de la Edad del Bronce⁴, las cerámicas griegas⁵ y su utilización como cavidad ritual en época Ibérica⁶.

Nuestro texto, que parte de unos materiales previamente mal documentados, reúne los *disiecta membra* de un ánfora ática de figuras rojas proce-

dente de la cueva, los sitúa y atisba en su totalidad formal originaria y trata de recuperar algunos de sus sucesivos sentidos: la imagen ateniense, la recepción ibérica y la diluida memoria posterior en una cueva que el vaso ya no abandonará hasta su saqueo en la segunda mitad del siglo xx. Anticipamos las conclusiones: el ánfora puede ser indicio y testimonio singular del proceso de articulación del territorio en el período ibérico temprano.

Los estudios anteriores han descrito convenientemente las características topográficas de la cueva⁷ que creemos que es conveniente recordar antes de iniciar el estudio detallado del vaso griego y su contexto. Se trata de una amplia cavidad de 35 m de profundidad abierta hacia el norte y en la que destaca la presencia de una gran roca, cuya forma de columna o pilar da nombre a la cueva. Una vez dentro de la cavidad, y tras ascender un pequeño escalón, se accede a una amplia sala de 25 m por 10 m con suelo relleno de sedimento que le confiere un aspecto regular excepto en algunos tramos donde aflora una gran colada estalagmítica. La cavidad recibe su iluminación a través de tres orificios sobre la visera del abrigo, luz que aparece de forma tamizada y tenue. Esta topografía la apartan de la típica configuración intrincada y difícil de la mayor parte de las cuevas-santua-

² M. Gil-Masarell, Sobre las cuevas ibéricas del País Valenciano. Materiales y problemas. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 11, 1975, 296.

³ J. M. Segura Aproximación al estudio de la Prehistoria y Antigüedad en la Valleta d'Agres. En J. M. Segura *et alii: Miscelánea histórica de Agres*, Alcoy 1985, 9-60.

⁴ J. Ll. Pascual Benito, L'Edat del Bronze en la comarca del Comtat. *Ayudas a la Investigación 1987-88. Instituto de estudios Juan Gil-Albert*. Alicante 1990, 83-103.

⁵ P. Rouillard, *Les grecs et la Péninsule Ibérique du VIII au IV siècle avant Jésus-Christ*. París 1991; J.M. García e I. Grau, Les ceràmiques gregues als jaciments ibèrics de L'Alcoià i El Comtat, *Recerques del Museu d'Alcoi* 6, 1997, 119-130.

⁶ I. Grau Mira, La Cova dels Pilars (Agres, El Comtat). Aportació a l'estudi de les coves-santuari ibèriques, *Alberri* 9, 1996, 79-106. I. Grau Mira, *La organización del territorio en el área central de la Contestania Ibérica*, Alicante 2002; J. González Alcalde, Estudio historiográfico, catálogo e interpretación de las cuevas-refugio y cuevas-santuari de época ibérica en Alicante, *Recerques del Museu d'Alcoi* 11-12, 2002-2003.

⁷ J. M. Segura 1985, cit. (n. 6). I. Grau Mira 1996, cit. (n. 6). J. González Alcalde 2002-2003, cit. (n. 6).

rio y más bien sugiere la posibilidad de albergar cultos colectivos en la gran sala principal.

EL ÁNFORA

LA FORMA

El ánfora, que se fecha en la década del 470 al 460 a. C., documenta el momento final de una variante favorecida por varias generaciones de alfareros áticos que remonta a las figuras negras y a la tradición arcaica. Pertenece al llamado tipo A, forma que desaparece hacia el 460 a. C., límite por tanto cronológico de este ejemplar⁸. Se sitúa pues en el llamado momento clásico-temprano –o también, más impropia y restringidamente, «manierista»–, que enlaza con los talleres de los tardíos pintores arcaicos, quienes afirmaron definitivamente las figuras rojas⁹.

Del vaso se conservan todos los elementos significativos para su reconstrucción formal: la característica boca abocinada, de perfil casi recto o levemente cóncavo, que se une en marcado ángulo con el cuello (fig. 2.1); las asas, decoradas en sus dos rebordes laterales por la característica rama de hiedra en silueta negra –una herencia del siglo VI–, con las hojitas dispuestas en torno a un tallo ondulado, rasgo que define visualmente la variante (fig. 2.3); la curva continua, en S, del cuello en una transición con la panza (fig. 2.2); el pie de línea sinuosa, que estiliza y eleva el perfil, más bajo y en dos escalones, de las ánforas de la generación de los alfareros del tardoarcaísmo: una estría marca aquí el remate superior del escalón único mientras que una moldura define el arranque del cuerpo (fig. 2.6). La anchura de la boca permitió además al alfarero introducir y cubrir las paredes interiores del vaso con una capa leve de barniz diluido, de un modo similar al que se utiliza en otro recipiente semiabierto, la contemporánea cratera de columnas. Esta tenue capa, que servía para impermeabilizar algo más el contenido líquido, es visible en todos los fragmentos del cuerpo.

Las dimensiones de la boca y del pie, junto con

⁸ Para el ánfora de tipo A, cf. J. D. Beazley, *Citharoedus*, *JHS*, XLII, 1922, 70-98, especialm. 70: «Type A, which has flanged handles and a foot in two degrees (...) is favourite with the painters of the archaic red-figured period, and disappears about 460». Para la evolución de la forma, en época arcaica, cf. H. Bloesch, *Stout and slender in the late archaic period*, *JHS* LXXI, 1951, 29-39, especialm. 29-35 y lám. XVII con los perfiles de boca y pie hasta el tránsito del siglo VI al V a. C., unos treinta años anterior a nuestro ejemplar.

⁹ Para este período, cf. J. Boardman, *Athenian Red figured Vases. The Archaic period*, Londres 1975, 179 ss. cap. 4: «mannerists and others». Cf. especialmente, 193-195. Para esta forma en las figuras rojas, *id.* 208, figs. 8, 146, 171.

los fragmentos de la panza, permiten reconstruir un ánfora relativamente grande, en torno a los 45 o 50 cms. de altura (fig. 3).

LA ESCENA

Los fragmentos figurados invitan a una aproximación bastante precisa de la escena. La decoración se distribuye en dos paneles –caras A y B– que marcan respectivamente dos bandas laterales, con una doble fila de gruesos puntos (simplificación o eco lejano de una rama estilizada, con el tallo central sin indicar) (fig. 2.2; 2.4). La cara principal, además, se corona con un friso de palmetas de cinco pétalos con nervio central, conectadas mediante roleos envolventes (fig. 2.2; fig. 4.1). El fragmento con la única palmeta conservada corresponde a la inflexión de la panza con el cuello y pertenece al inicio de la izquierda del friso. En su extremo el pintor señala el arranque de una yema o brote, que vivifica la percepción floral del motivo. Esta sensibilidad hacia la vitalidad vegetal de los ornamentos es propia de los mejores pintores de la época preclásica¹⁰.

En ambas caras, A y B, conservamos huellas abundantes del delineado previo o «preliminary sketch» sobre la arcilla aún blanda, que marca la pauta o boceto de las figuras y su disposición en el espacio¹¹. En los dos ejemplos que recogemos (figs. 2.5 y fig. 6.2), en esta guía preliminar está ya presente la concepción en haz de los pliegues de los mantos así como los remates curvos de sus bordes –y no ya rígidos, en zigzags arcaicos–, un rasgo estilístico que corroboran luego las líneas en relieve de la decoración. Son ya relativamente esquemáticas, no profusas ni en exceso detalladas, como en otros ejemplos.

El fragmento figurado de la cara A corresponde a la parte superior derecha de la escena principal (fig. 2.4 y fig. 4.2). Quedan restos del enmarque lateral. Un adolescente ha entrado por la derecha. Sus cabellos, cortos e individualizados, descubren la oreja. El mentón, redondeado y poderoso, es característico de los artesanos que trabajan en el círculo del Pintor de Pan. Los labios, levemente entreabiertos. La figura se en-

¹⁰ J. Boardman, 1975, cit. (n. 9), 214; P. Jacobsthal, *Ornamente griechischer Vasen*, Berlín 1927; D. C. Kurtz, *Athenian White Lekythoi*, Oxford 1975.

¹¹ Probablemente señalado con un lápiz de carbón u otro pigmento que desaparece durante la cocción. P. E. Corbett, *Preliminary Sketch in Greek Vase-Painting* *JHS*, 85, 1965, 16-28, láms. I-XV; J. Boardman, 1975, cit. (n. 9), 11-16, fig. 5; J. Noble, *The Techniques of Painted Pottery*, Londres 1965, 50, 56; I. Scheibler, *Griechische Töpferkunst*, Munich 1983, 89-90.

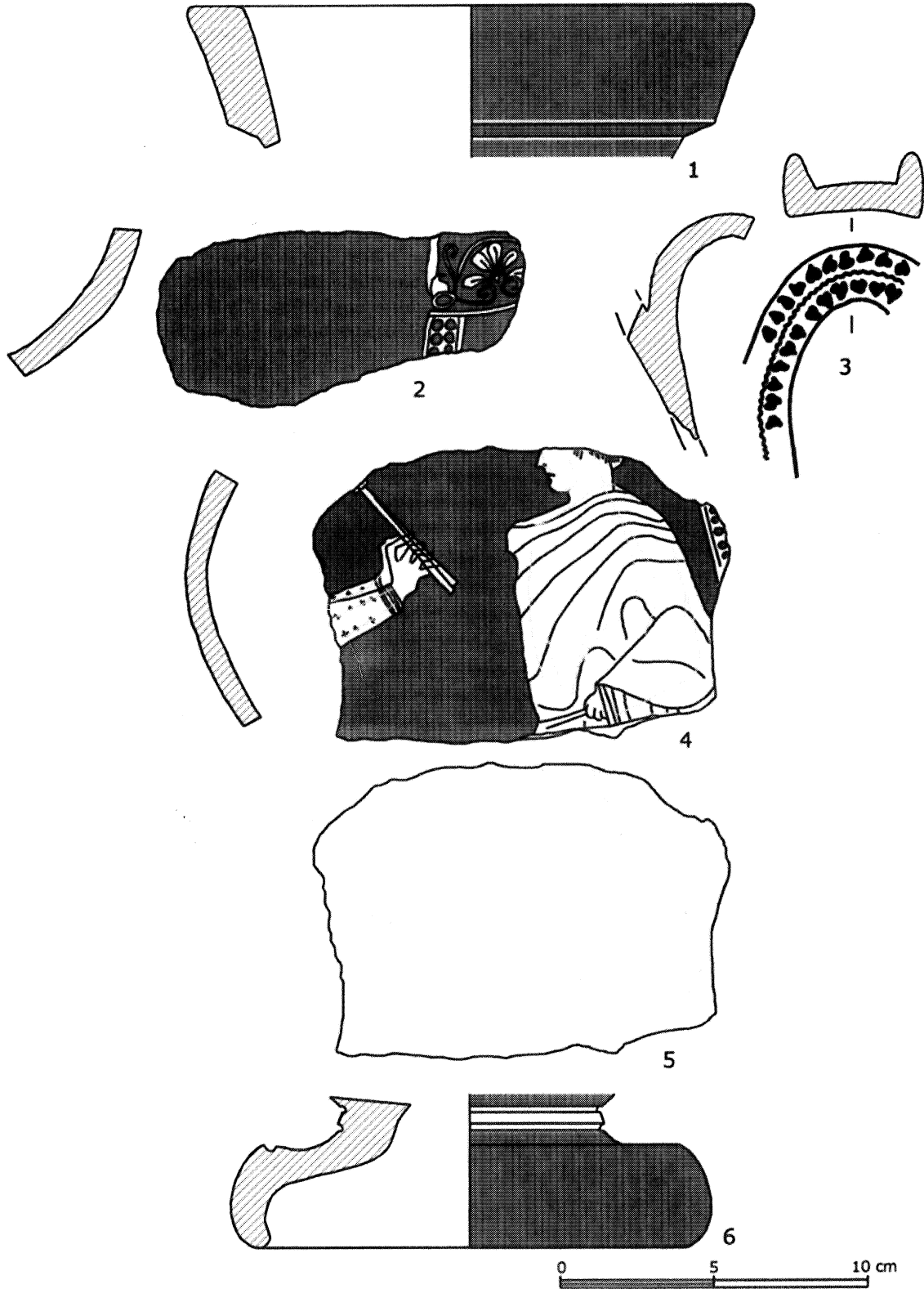


Fig. 2. Ordenación de los principales fragmentos recuperados del ánfora de la Cova dels Pilars. Escala 1/2.

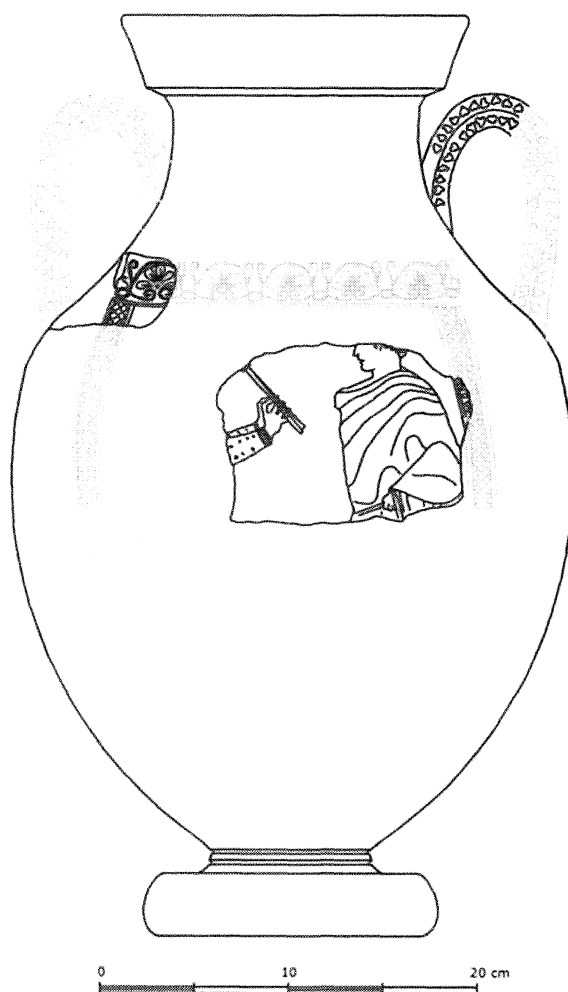


Fig. 3. Reconstrucción ideal del ánfora con la integración en la forma de los fragmentos de la cara principal. Escala 1/4.

vuelve en el *himation*, cuyos pliegues amplios ocultan el brazo y mano derechos. La izquierda se dobla por el codo. La mano asoma en escorzo y agarra con firmeza el extremo de uno de los brazos de una lira, no conservada: ha de ser la *chelys-lyra* o «lira-tortuga», asociada a la *paideia* del niño ateniense¹². Podríamos completar, a la altura de la pierna doblada, el caparazón de tortuga probablemente con su característico dibujo, frontalmente: funcionaría como signo icónico del niño-efebos¹³. La posición baja de la lira en relación con el cuerpo podría ser significativa: no la lleva para tocar, levantándola, como conocemos por representaciones coetáneas del niño que marcha,

diligente, a la clase de música¹⁴. Se señalaría más bien un regreso; muestra una actividad cumplida, pasada. El torso se inclina ligeramente hacia adelante pero la cara se mantiene erguida: una actitud de atención intensa que afecta por completo al adolescente.

Mira al flautista, una figura activa y expansiva que contrasta con el niño. De aquél se ha conservado precisamente su acción con el *diaulós*: dos tubos de longitud diferente y el arranque de la boquilla que los traba. El fragmento no nos permite saber si la boquilla encajaba o no en la habitual banda horadada de cuero, la *phorbeia*, que se fijaría sobre la cabeza del músico, adaptándose a sus labios, dulci-

¹² M. Maas y J. McIntosh Snyder, *Stringed Instruments of Archaic Greece*, New Haven y Londres 1989, 79-112 («The Chelys-Lyra in Classical Athens»).

¹³ M. Maas y J. McIntosh Snyder, 1989, cit. (n. 12), figs. 17 y 18. También puede mostrarse la lira desde el interior del instrumento, lo que creemos menos probable en nuestro vaso.

¹⁴ M. Maas y J. McIntosh Snyder, 1989, cit. (n. 12), p. 108, fig. 18. Cf., además, escifo del Pintor de Pistóxeno de Schwerin. E. Simon, *Die griechischen Vasen*, Munich 1976, nº 180-181. La vieja Geropso camina con la lira agarrada de este modo tras el niño Heracles, quien marcha a clase con desgana.

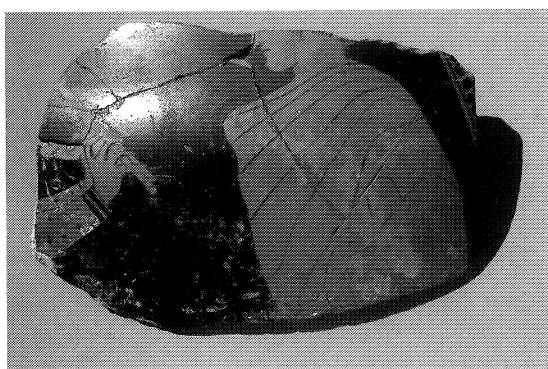


Fig. 4. 1-2. Fragmentos decorativos de la cara principal del ánfora. Arriba: detalle del arranque del friso con decoración floral. Abajo, joven con *diaulós* y niño con lira.

ficando los sonidos¹⁵. La altura en que se situaría la boca –perdida– apunta a que el *auletér* ha de ser algo más alto que el niño. Al flautista le conviene una mayor edad. Los dedos de las manos, de articulación angulosa y flexible, resaltados con líneas de barniz en relieve, se mueven ágiles sobre los tubos. Ciñe sus brazos el atuendo de un músico profesional, indumentaria para una ocasión especial: un vestido con mangas con diminutas cruces bordadas, que podría además ir recubierto de una imponente túnica talar¹⁶ (fig. 5). Dos líneas marcan

¹⁵ *Ex. grat.*, medallón de la copa de Epikteto de Londres, Museo Británico, J. Boardman, 1975, cit. (n. 9), fig. 75.2.

¹⁶ Para el abigarrado traje festivo del *auletér*, cf. Copa de Figuras Rojas del Pintor del Louvre G 265, en Oxford, Ashmolean Museum 305, Beazley ARV 416,3; Boardman, 1975 cit. (n. 9), fig. 278. Asimismo, estamno de Figuras Rojas del Pintor de Pan, Museo Arqueológico Nacional, Madrid, n°

los bordes de las mangas moteadas: los de la mano izquierda, semioculta por la compañera, se señalan en barniz más diluido, procedimiento pictórico que distingue la profundidad de los dos miembros superpuestos.

Los dos personajes se relacionan: el adolescente se detiene a escuchar, atraído por el atuendo y la actividad viva del *auletér* en movimiento. El flautista no toca aislado del entorno, lo hace para el efebo. No debe de ser, pues, el *auletér* arrebatado que mira al cielo, de tantas otras representaciones anteriores¹⁷. La vinculación de la mirada mutua que suponemos entre los dos personajes –una conquista expresiva de estos años preclásicos– evoca escenas de la enseñanza musical de la Atenas coetánea en la que el joven principiante atiende al maestro del que aprende por imitación directa, mirándolo¹⁸. No es otro el esquema habitual, hacia mediados del siglo V o poco antes, del aprendizaje de la lira y del *ethos* que implica: *aísthesis*, percepción, que se complementa con la *peira*, la experiencia¹⁹. Efebo y ejecutante, respectivamente, las encarnan. Sin embargo, la relación se traslada aquí a un tránsito de edad, a un cambio de instrumento. Cabe un posible elemento de seducción. El camino solo del niño por la ciudad es peligroso, como narra el mito coetáneo de Titono, modelo del pequeño ateniense que va con lira y es sorprendido y arrebatado, en horas muy

1999/99/102. P. Cabrera (ed.), *La colección Várez Fisa en el Museo Arqueológico Nacional*, Madrid 2003, pp. 282-285, n° 97.

¹⁷ AA.VV., *Euphronios, pittore ad Atene nel secolo VI a.C.*, Milán 1991, n° 21, n° 30.

¹⁸ A. Bélis, «La trasmissione della musica nell'antichità», en: F. Berti y D. Restani (eds.), *Lo specchio della musica. Iconografia musicale nella ceramica attica di Spina*, Bologna 1988, 29-39; Olmos en P. Cabrera (ed.), 2003, cit. (n. 16), n° 101, pp. 292-294. Para la evolución en la imagen cerámica de la expresión anímica que surge, primero, en el ejecutante y se incorpora luego a quien se siente atraído y escucha, cf. J. D. Beazley, 1922, cit. (n. 8), p. 97: «Archaic art portrays the influence of music on the player; and sometimes the influence on the hearer: it shows men capering and bawling at the sound of the flute; but such influence as does not issue in violent gesture is hardly able to express. The artists of a later period set themselves to represent the quieter emotion which reveals itself not in gesticulation but in attitude». El momento de tránsito en que se incorpora la relación viva del músico y la actitud callada de su receptor corresponde a los años de nuestra ánfora y se desarrolla más adelante, en pleno clasicismo.

¹⁹ M. Maas y J. McIntosh Snyder, 1989, cit. (n. 12), 107, fig. 17: escifo del Pintor de Pistóxeno, Schwerin KG 708. Pero ya a finales del siglo VI los pintores reflejan esta relación del aprendizaje. Cf. hidria de Munich 2421 de Phintias (Cf. E. Simon, 1976, cit. (n. 14), figs. 99-100; M. Maas y J. McIntosh Snyder, 1989, cit. (n. 12), 111, fig. 28). Cada figura, sin embargo, permanece aquí en su esfera propia, individual. La relación es posterior. Cf. L. E. Rossi, *La dottrina del «ethos» musicale e il simposio*, en: B. Gentili y R. Pretagostini, *La musica in Grecia*, Roma 1988, 238-245 y discusión en 284-285.



Fig. 5. Detalle del auletér en un estamno de Figuras Rojas del Pintor de Pan, Museo Arqueológico Nacional, Madrid, nº 1999/99/102. Foto cortesía del M.A.N.

tempranas, por la Aurora²⁰. De regreso de clase el niño puede ser asaltado por el adulto que le ofrece un presente amoroso²¹. Aquí la seducción procede de los sonidos seductores del *aulós*: el ejecutante, algo mayor, despliega su conocimiento o *techné* ante el niño. La ciudad en fiestas, el atuendo ostentatorio y la música: una peligrosa asociación. A todo ello parece apuntar nuestro fragmento.

En resumen: podría contarse la iniciación del niño de regreso de clase con la *chelys*-lira cuando accede, en las calles de Atenas, a otra esfera musical y anímica diferente, la que promueve el *aulós* y el contexto especial de una fiesta ciudadana²². El

²⁰ LIMC, III, 1986, s.v. 'Eos' (C. Weiss). Cf. pp. 773-774 y n.ºs 268-272, etc.

²¹ M. Maas y J. McIntosh Snyder, 1989, cit. (n. 12), p. 108, fig. 18 (péllice de figuras rojas, Atenas 1413): el niño marcha hacia la izquierda, envuelto en su manto con la lira en la mano; un varón barbado le sale al encuentro y le ofrece una liebre, presente amoroso. Ambos cruzan sus miradas. El esquema es similar a nuestra escena. La seductora música del aulós sustituye el don erótico de la liebre. Para la liebre como presente amoroso, cf. G. Koch-Harnack, *Knabenliebe und Tiergeschenke: ihre Bedeutung in päderastischen Erziehungssystem Athens*, Berlin 1983, 63-89.

²² Sobre los festivales religiosos en que intervienen actos musicales, cf. J. Neils, *Children and Greek Religion*, en: J. Neils y J. H. Oakley, *Coming of Age in Ancient Greece*, Hanover, N. H., 2003, 139-161, especialm. 154: competiciones de

contraste tan marcado entre ambas figuras –seguramente las únicas que llenan esta cara A del ánfora– define este paso: difieren los atuendos –el aristocrático cotidiano del niño y el singular festivo del intérprete–; difieren las actitudes –quietud frente a movimiento; pudor y recato infantil frente a descaro del joven–; se contrastan en el centro visual del vaso los dos instrumentos que convergen: el *aulós* en acción, la lira baja, inactiva, que tal vez pertenece a un uso y edad cumplidos. El encuentro de ambos instrumentos, la coexistencia de dos expresiones musicales dispares y, al tiempo, complementarias es frecuente en la cerámica ática de esta época, tanto en escenas de la vida cotidiana como de la esfera mítica, en ocasiones cargadas de la tensión y reflexión ética que las acompañan²³. Pero rara vez se representa uno y otro instrumento sonando simultáneamente²⁴. También nuestra escena puede resumir una sucesión de usos, no una confluencia. El encuentro de la lira y el *aulós* supondría un tránsito, un acceso a una nueva etapa del niño o efebo en su integración en la vida ciudadana, por ejemplo en las *phratrías*²⁵. A través, tal vez, de una seducción homoerótica²⁶.

Conservamos cuatro fragmentos de la cara B del ánfora (fig. 6). Pertenecen a tres figuras de varones, envueltos en sus gruesos mantos. La disposición, de izquierda a derecha, es la siguiente: un varón, con el remate del manto en pliegues curvos que sustituyen los zigzags arcaicos (fig. 6.1). A él pertenecería el báculo, inclinado, del fragmento central, en el que lo suponemos apoyado, fórmula de quien inclina el torso y observa atento (fig. 6.3; cf. fig. 7). El manto de este segundo fragmento es de un segundo varón que ha de mirar también hacia la derecha. Los dos frag-

lira y de *aulós* que se acompañan de canto en los festivales áticos de las Panateneas. Cf. J. Neils (ed.), *Goddess and Polis: The Panathenaic Festival in Ancient Athens*, Hanover, N.H., 1992, especialmente la contribución de A. Shapiro, 53-75.

²³ Apolo y Marsias. Valoración ética ateniense del *diaulós* en el Grupo escultórico de Mirón, sobre la Acrópolis ateniense, con las reacciones, recogida o explícita, de Atenea y Marsias. Sobre el *ethos*, cf. art. cit. (n. 19) de L. E. Rossi 1988.

²⁴ Maas-Snyder, 1989, cit. (n. 12), 91; 99: «The lyre (...) it is seldom revealed as actually being played along with another instrument, even its most frequent partner, the aulos».

²⁵ Cf. la propuesta de interpretación como iniciación de niños, acompañados de sus padres, en las *phratrías* atenienses, de la escena de una copa de figuras rojas atribuidas al Pintor de Triptólemo, de E. R. Knauer, *Two Cups by the Triptolemos Painter: New Light on Two Athenian Festivals*, *Archäologischer Anzeiger*, 1996, 221-246.

²⁶ G. Koch-Harnack, 1983, cit. (n. 21). Sobre las sucesivas fases homoeróticas y su representación en época arcaica, H.A. Shapiro, *Fathers and Sons, Men and Boys*, en: J. Neils y J. H. Oakley, 2003, cit. (n. 22), 99 y nota 81. Cortejamiento de un niño con la lira, que acude envuelto en su manto ante un adulto: medallón de la copa de figuras rojas de Doris en Malibu. Cf. J. Neils y J. H. Oakley, 2003, cit. (n. 22), catál. nº 45, ilustración en p. 84.

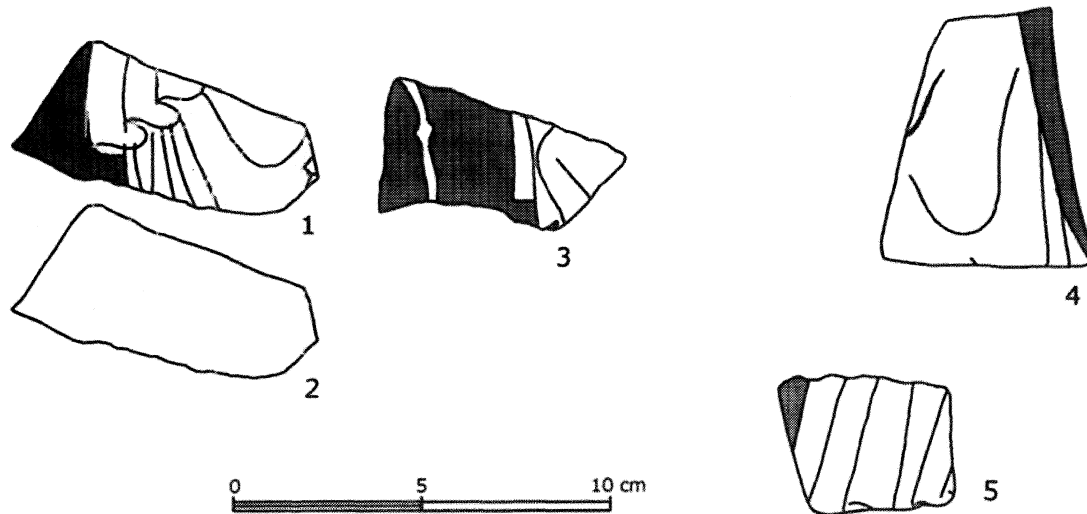


Fig. 6. 1 a 5. Cuatro fragmentos de la cara B del ánfora, con restos de jóvenes en sus mantos. Fragmentos 1 y 3: restos de dos varones, dirigidos hacia la derecha; fragmentos 4 y 5: restos del varón que mira hacia sus dos compañeros de la izquierda. Fragmento 2: esquema preliminar correspondiente al fragmento 1.

mentos restantes corresponden a un tercer varón, que hace frente a los anteriores (fig. 6.4 y 6.5). Una escena, pues, habitual de conversación entre tres jóvenes en el espacio público de Atenas: dos de ellos miran y hablan con un tercero (figs. 7 y 8). Como es común en estas obras los personajes de la cara B comentan en la ciudad –y arropan– el argumento del lado principal. La palabra es memoria, actúa de testigo. O bien, prolongan y hacen paradigmática la escena de seducción: dos *erastai* o seductores y un *erómenos*, un efebo cortejado.

En conclusión: el vaso, cuidado y de calidad, refleja la vida del joven aristócrata ateniense en la década del 470 a. C.: una fiesta, posiblemente con motivo de un tránsito de edad a la que alude la concurrencia –y posible sucesión– de dos instrumentos, la *chelys*-lira y el *diaulós*. La lira resume la *paideia* concluida del niño ateniense; el *diaulós* –y el atuendo especial de su intérprete– a la irrupción de una celebración en el camino y espacio de la ciudad. La decoración floral, en estilizado surgimiento, connota y adorna el momento crucial.

OTROS MATERIALES DE LA COVA DELS PILARS

Los materiales que acompañan al vaso griego nos permiten reconocer una larga frecuentación de la cueva que, en lo que a época protohistórica se refiere, se enmarca entre los ss. VII-VI a. C. hasta el s. II a. C. La primera de las fechas nos la proporciona un pequeño fragmento de borde de ánfora fenicio-

occidental que presenta las características típicas de estos recipientes producidos en el sur peninsular: pasta arenosa con abundante desgrasante visible de tipo esquistoso y coloración anaranjada con un núcleo grisáceo. El perfil del borde corresponde a las formas R1 o Ramón 10.1.1.1.-10.1.2.1, cuya presencia en la zona es frecuente²⁷. Esta pieza fenicia debe relacionarse con los vestigios correspondientes al Bronce Final-Hierro Antiguo de los que da cuenta Pascual Benito. En concreto, este investigador cita la existencia de un vaso carenado con la superficie bruñida, ollas con cordones decorados con incisiones circulares y rectangulares y recipientes con bases planas²⁸. Este repertorio está emparentado con aquel aparecido en el sector V-VII del cercano poblado de La Mola d'Agres, donde se documentan estas mismas piezas prehistóricas y vestigios de cerámica fenicia²⁹. Podemos interpretar estos vestigios como la evidencia del uso de la cueva simultáneamente a la última ocupación del cercano poblado de La Mola d'Agres, ubicado a apenas 1.200 m. al noreste.

En cuanto a la cerámica ibérica (fig. 9), encontramos restos muy fragmentarios de cerámica común

²⁷ M. A. Martí y C. Mata, Cerámicas de tipo fenicio occidental en las comarcas de L'Alcoià y El Comtat (Alacant), *Saguntum-PLAV* 25, 1993, 103-117; I. Grau Mira, La formación del mundo ibérico en los valles de L'Alcoià y El Comtat (Alicante): un estado de la cuestión, *Lucentum* XVIII-XIX, 2000-2001, 75-91.

²⁸ Pascual Benito, 1990, cit. (n. 4), 90-92.

²⁹ M. A. Martí, A. Piera, J. L. Peña y E. Grau, La cerámica a torno de la Mola de Agres (Agres, Alacant), *Recerques del Museu d'Alcoi* 7, 1998, 191-193.



Fig. 7. Varón en su báculo, detalle de una cratera ática de figuras rojas de la necrópolis ibérica de Toya (Jaén). Según Carmen Sánchez 2003, fig. 180. Compárese con los fragmentos de la fig. 5: el varón de la izquierda se apoya, similarmente, en báculo.

que por sus características deben corresponder a grandes piezas de almacenaje y transporte del tipo tinaja y ánfora. En cerámica pintada aparece un conjunto de recipientes medianos tipo *lebes*, con diferentes perfiles de labio y bordes, decorados con bandas, filetes y algunos trazos verticales. Junto a estos recipientes aparecen dos pequeñas páteras de borde recto, decoradas con bandas y filetes, y un gran plato de ala curva y cuerpo de perfil carenado, con la base anular y decoración de bandas y filetes con pintura bicroma. También está presente la cerámica gris con el borde y cuerpo de un pequeño caliciforme.

Sin duda, el material más cuantioso es la cerámica de cocina (fig. 10), pues este tipo de producciones de cerámica torneada de pastas groseras, con abundante desengrasante calizo de grano grueso y de cocción reductora está representada por un lote de más de un centenar de pequeñas ollas globulares de tamaño medio, con diámetros del borde que oscilan entre los 15-20 cm y con los bordes de variados perfiles: exvasados simples, engrosados o subtriangulares.

Todo este conjunto de cerámicas ibéricas puede adscribirse a los primeros momentos de época ibérica plena, desde mediados del s. V hasta mediados del IV a. C. Esta es la datación que proporciona, por ejemplo, el gran plato carenado con decoración bicroma cuyos paralelos más próximos se encuentran en los contextos de la primera mitad del s. IV a. C.

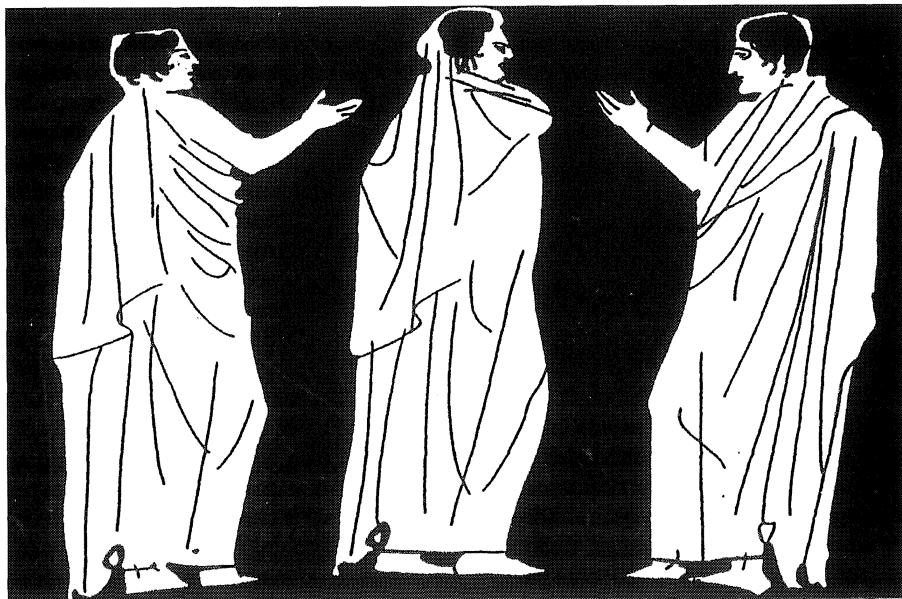


Fig. 8. Tres varones conversando, Desarrollo de la cada B de una cratera de figuras rojas del túmulo 11 de la necrópolis ibérica de Galera (Granada). Según dibujo de Carmen Sánchez 2003, fig. 101. Cf. anverso en fig. 15.

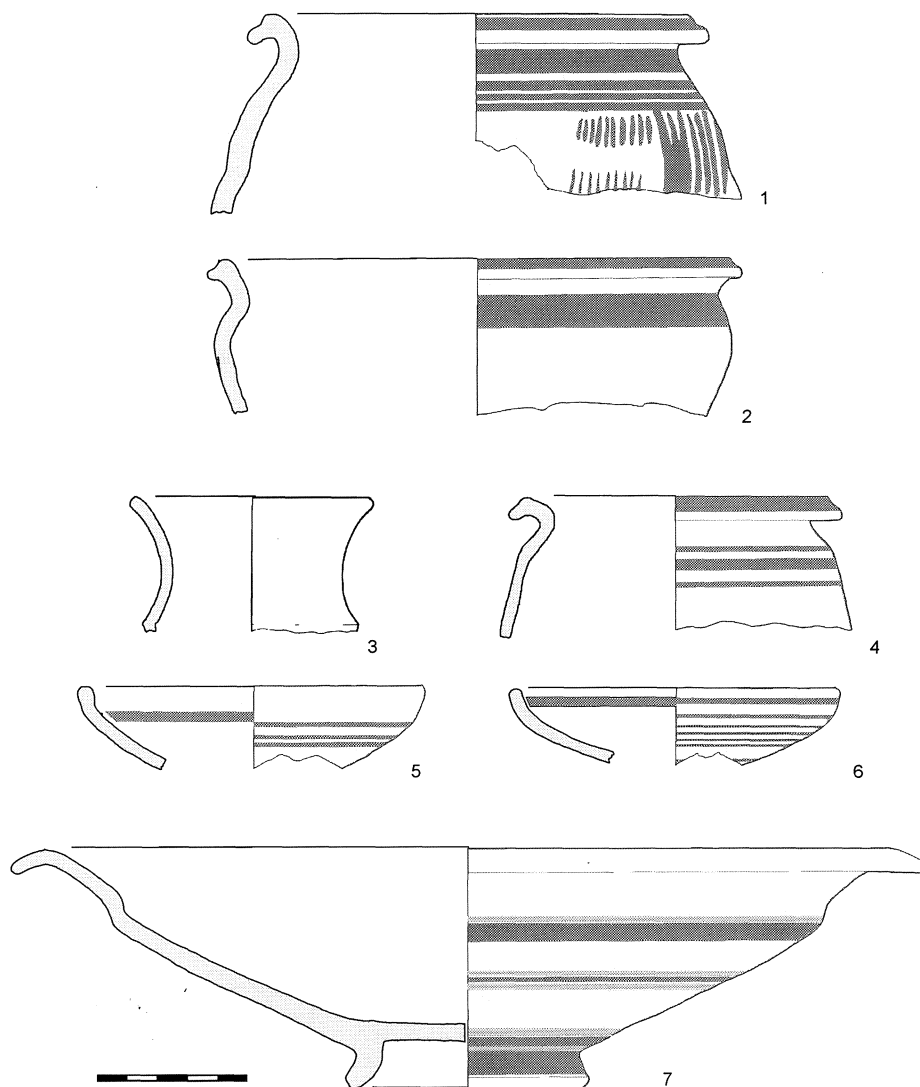


Fig. 9. Cerámica fina ibérica de la Cova dels Pilars. Escala 1/2,5.

como El Cigarralejo³⁰ o El Puntal de Salinas³¹. Las restantes piezas son propias de contextos de época clásica de la zona, como La Bastida³² o El Puig³³.

³⁰ E. Cuadrado y F. Quesada, La cerámica ibérica de El Cigarralejo (Murcia). *Verdolay* 1, 1989, 49-115. fig. 51, forma p2b.

³¹ L. Hernández y F. Sala, *El Puntal de Salinas. Un hábitat ibérico del s. IV aC en el Alto Vinalopó*, Villena 1996, 163, fig. 11.

³² D. Fletcher, E. Pla, J. Alcácer, *La Bastida de les Alcuces (Mogente, Valencia). Trabajos Varios del S.I.P.* 24 y 25, Valencia 1965.

³³ F. Rubio Gomis, El yacimiento ibérico de El Puig (Alcoy). Antecedentes y campaña del 1982, *Noticiario Arqueológico Hispánico* 24, Madrid 1985, 93-157.

Dentro de esta misma horquilla cronológica podemos situar otras piezas cerámicas de importación ática que acompañan al ánfora, pero de época posterior. En el estilo de figuras rojas aparece un fragmento muy deteriorado de una copa del pintor de Viena 116, especialmente abundantes en la Península Ibérica a mediados del siglo IV a.C.³⁴, y un borde plano con una pequeña muesca muy rodado, posiblemente perteneciente a un plato de pescado. En barniz negro encontramos un fragmento de cántaro de borde moldurado y tres fragmentos correspon-

³⁴ A. J. Domínguez y C. Sánchez, *Greek Pottery from the Iberian Peninsula*, Leiden-Boston-Köln 2001, 440.

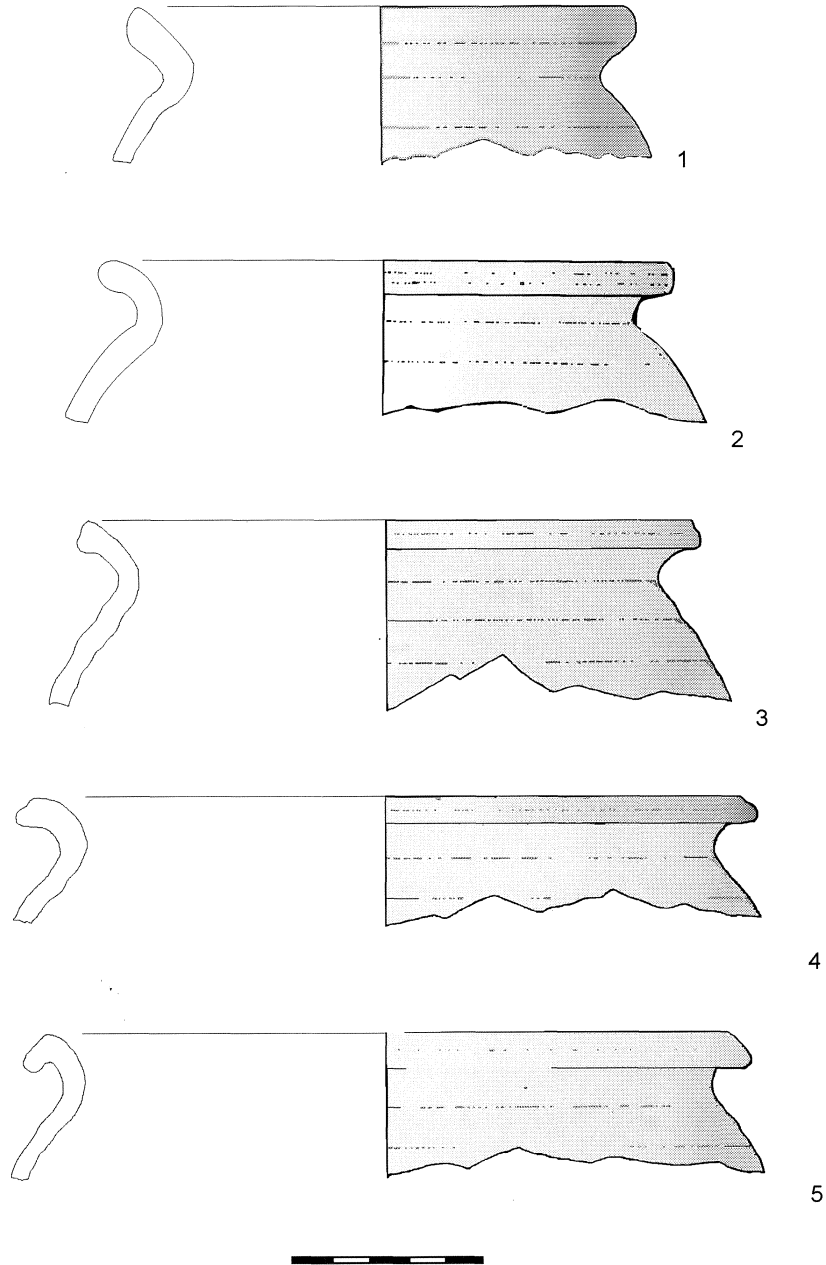


Fig. 10. Cerámica de cocina ibérica de la Cova dels Pilars. Escala 1/2,5.

dientes a un gran cuenco de borde vuelto al exterior con una decoración impresa de palmetas, un círculo de ovas y otra banda de palmetas enlazadas en el exterior (fig. 11) ³⁵.

³⁵ Pertenece a los cuencos *outturned rim* del Ágora de Atenas, producidos desde finales del s. V a.C. B. A. Sparkes y L. Talcott, *Black and plain pottery of the 6th, 5th and 4th centuries B.C. The Athenian Agora XII*, Princeton, 1970, 128-130, n° 777-808, pl. 32 y fig. 8. Para ejemplos peninsu-

lares. Cf. A. J. Domínguez y C. Sánchez, 2001, cit. (n. 34), n.ºs 66-67, 69, etc., pp. 446-447: primera mitad del siglo IV a. C., algunos de ellos datables incluso en el segundo cuarto de este siglo, y por tanto, «arcaizantes».

lares. Cf. A. J. Domínguez y C. Sánchez, 2001, cit. (n. 34), n.ºs 66-67, 69, etc., pp. 446-447: primera mitad del siglo IV a. C., algunos de ellos datables incluso en el segundo cuarto de este siglo, y por tanto, «arcaizantes».

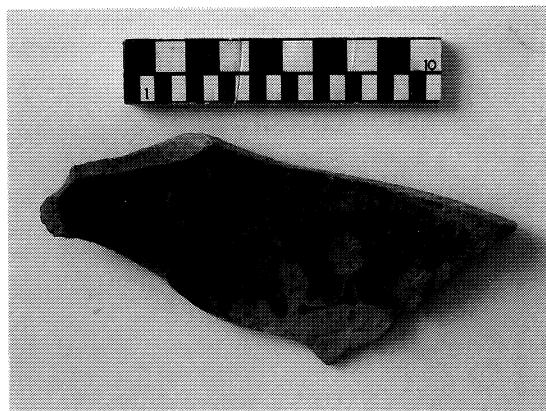


Fig. 11. Fragmentos de un gran cuenco de barniz negro, decorado con ovas y palmetas impresas de la Cova dels Pilars.

cerámica campaniense A, de fines del s. III o inicios del s. II a. C. Esta pieza nos permite suponer una frecuentación en un tiempo posterior al momento de principal de uso de la cavidad que se puede suponer entre mediados del s. V y mitad del s. IV a. C. a juzgar por el contexto de las cerámicas ibéricas y de importación centrada en esta época.

El repertorio hasta aquí descrito no ofrece mayores problemas en su datación a caballo entre las épocas ibéricas antigua y plena, con algunas perduraciones posteriores. Sin embargo, es algo más compleja su atribución funcional. En principio, la aparición de vestigios de época ibérica en una cueva suele atribuirse bien a una frecuentación esporádica como hábitat residual o bien a un uso ritual³⁶. El conjunto recuperado se aparta del que podríamos considerar

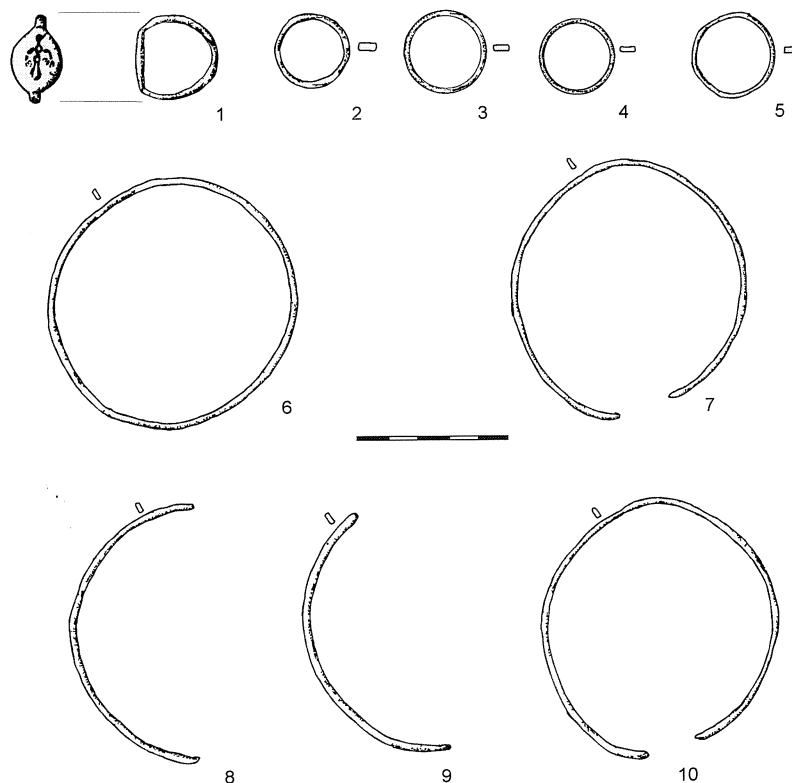


Fig. 12. Piezas de bronce de la Cova dels Pilars. 1-5: anillos. 6-10: pulseras. Escala 1/2,5.

tabilizan cinco posibles brazaletes y fragmentos de otros siete ejemplares. También en bronce aparecen anillos sencillos y una sortija con chatón en el que se ha grabado una figurilla humana de forma muy esquemática, tal vez una alusión o icono —«representación o semejanza»— de quien allí la ofrece.

La datación ibérica más tardía nos la proporciona un fragmento de borde de pátera Lamb. 27 de

propio de una residencia temporal. Dada la cantidad de piezas y su tipología debemos descartar una utilización meramente esporádica de la gruta, cuyas evidencias son siempre en este caso mucho más escasas y corrientes. Tampoco podemos pensar en un uso doméstico como hábitat estable, que no sólo se apartaría del patrón residencial ibérico, sino que se compadecería mal con el repertorio en cuestión, que

carece de algunos tipos cerámicos para el servicio de mesa o de almacenamiento.

Mucho más probable es su uso como espacio ritual. Es cierto que llama la atención la escasa repetición de los vasos caliciformes, que son frecuentes y casi elementos definitorios de la cuevas-santuario ibéricas. No obstante, existen otras evidencias que pueden ser relacionadas con usos rituales. Además de la destacada presencia del ánfora griega, en sí misma evidencia de la importancia del lugar, cabría destacar la selección intencional de un tipo cerámico cuya aparición recurrente adquiere un carácter singular. Se trata del más de un centenar de ollas de cocina. La presencia repetida y ampliamente mayoritaria sugiere la existencia de un patrón determinado y es testimonio de una determinada práctica que debemos analizar.

No parece que estas ollas sean ofrendas en sí mismas, como tales piezas. Su aparición puede deberse a dos razones. La primera de ellas, a nuestro parecer más probable, es que se tratase de recipientes contenedores de productos naturales ofrendados, como frutos, miel, leche, etc. Este tipo de ofrendas contenidas en recipientes cerámicos ha sido constatado en otros lugares de culto, por ejemplo en el pozo votivo de El Amarejo³⁷. La segunda razón es una posible asociación a comidas rituales que se realizaran en el espacio sacro de la cavidad³⁸. Una vez empleadas en la preparación de algún tipo de alimento las ollas de cocina quedarían allí depositadas. En contra de esta posibilidad debemos citar la gran diferencia entre el número de vasos relacionados con la preparación de alimentos y aquellos dedicados al consumo o servicio de mesa, pues frente a más de un centenar de ollas de cocina únicamente encontramos un gran plato y dos pequeñas copas. O bien los alimentos preparados no se ingirieron en el lugar, o no se amortizaron las cerámicas empleadas a tal efecto.

Con relación a la destacada presencia de ollas de cocina, queremos indicar su aparición en buen número, en torno a la veintena, en La Cova de la Moneda (Ibi), otra de las cuevas santuario del ámbito comarcal. En este caso acompañaban los vasos caliciformes, piezas más frecuentes en todas las cuevas de uso ritual³⁹. También están presentes las ollas

toscas en las cuevas-santuario del Puntal del Horno Ciego, Villagordo del Cabriel, Valencia, donde M. A. Martí Bonafé da cuenta de la aparición de cinco ollas de cocina⁴⁰ de las mismas características que las aquí descritas.

Las restantes piezas poseen un valor en sí mismas y por ello pudieron corresponder a ofrendas depositadas en el lugar sacro. Se incluiría en este conjunto, obviamente, la destacada ánfora de figuras rojas –que tiene su precedente funcional en la citada ánfora fenicia– y de forma más modesta los vasos áticos de barniz negro y figuras rojas y la copa de cerámica campaniense. Son vasos de importación que corresponden a las vajillas finas de cada época y que podrían incluso ser emulación o recuerdo estilizado de la monumental ofrenda, como la copa del Grupo de Viena, probablemente decorada un día con jóvenes en sus mantos. También los pequeños objetos de bronce –aros y anillos– debieron depositarse como pequeñas ofrendas o atributos personales de los dedicantes, un testimonio de su presencia en el lugar.

Así las cosas, nos encontramos con un conjunto de elementos que a nuestro parecer llegaron a la cueva como ofrendas. No cabe duda de la importancia de algunas piezas, como el ánfora ática. Otras son testimonio de una ofrenda modesta, probablemente relacionada con los frutos del campo. Pero ambos tipos encajan bien en una práctica ritual basada en la reunión para el consumo de vino, el ánfora y las copas, y el depósito de productos naturales, las ollas.

En definitiva, el contexto de Els Pilars mostraría una posible variante de los rituales de las cuevas. La investigación ha generalizado, tal vez excesivamente, el ritual relacionado con las libaciones por la aparición de caliciformes en cavidades con presencia de agua. Aceptando esta propuesta como marco general, no hay que descartar otras posibilidades, pues no abundan los estudios individualizados de cuevas que analicen todos los materiales en sus propios contextos. Cuando se hacen tales análisis se observan variaciones en los rituales. Éstos van más allá de la tópica aparición de caliciformes asociados a un uso ritual del agua. Sirva de nuevo el trabajo de Martí Bonafé sobre la cueva santuario del Puntal del Horno Ciego⁴¹, quizá uno de los análisis más precisos del contexto arqueológico de una cueva-santuario.

Cerdá, La cova de la Moneda (Ibi, Alacant): una cova-santuari ibérica a la Foia de Castalla, *Recerques del Museu d'Alcoi*, 5, 1996, 199-202.

⁴⁰ M. A. Martí Bonafé, Las Cuevas del Puntal del Horno Ciego. Villagordo del Cabriel, Valencia, *Saguntum-PLAV* 23, 1990, 153 y 157.

⁴¹ M. A. Martí Bonafé, 1990, cit. (n. 40).

³⁶ Gil-Mascarell, 1975, cit. (n. 2).

³⁷ S. Broncano, *El depósito votivo ibérico de El Amarejo. Bonete (Albacete). Excavaciones Arqueológicas en España* 156, Madrid 1989, 240.

³⁸ Debido al carácter fragmentario y la recogida poco científica de los materiales no hemos podido rastrear el posible efecto del fuego sobre las ollas y determinar su uso para la cocción de alimentos.

³⁹ F. J. Cerdá, Contribución al estudio arqueológico de la Foia de Castalla (Alicante), *Lucentum*, II, 1983, 69-90; F. J.

Sus conclusiones certifican la presencia de vasos caliciformes como recipientes típicos de las cuevas-santuario. Sin embargo, la autora advierte del riesgo de establecer una excesiva correlación entre los vasos caliciformes y la celebración de ritos de libación, tal como se proponía en los postulados tradicionales. En El Puntal no aparecen asociados directamente al agua, inexistente en esta cavidad, ni ritos ritualmente tras su utilización. Parece, más bien, que fueron depositados en el interior de la cavidad. La existencia de otros elementos como las ollas toscas, fusayolas o piezas de metal le inclina a esta autora a proponer un posible ritual basado en la ofrenda diversificada de estos objetos, más que las típicas libaciones.

De igual forma que el repertorio se aparta del que se viene considerando canónico en la cuevas-santuario, también la morfología de la cova dels Pilars y su espacio interior difiere de las cavidades de difícil acceso y trazado laberíntico en cuyo interior profundo se supone que se realizaban los ritos. Como ya hemos indicado, se trata de una amplia sala en penumbra, un espacio propicio de reunión para una celebración colectiva en la que se depositan ofrendas, tal como parece indicar el repertorio material.

EL ÁNFORA EN SU NUEVO CONTEXTO IBÉRICO

En su destino último el ánfora de la Cueva dels Pilars ha de transformar los sentidos originarios del contexto ateniense al que nos hemos referido. Su presencia en una cueva ibérica del interior de la provincia de Alicante la dota de significados propios⁴². Se requieren hipótesis y explicaciones concordes con su situación en este nuevo paisaje y, sobre todo, en el proceso social que aboca, hacia mediados del siglo V a. C., al afianzamiento del mundo ibérico pleno en la zona valenciana⁴³. Tantearemos algunas posibles lecturas sobre esta reelaboración de usos y funciones.

No resulta fácil determinar –ni siquiera atisbar– los pasos de la incorporación de estos vasos excepcionales al tupido circuito comercial de la cerámica

⁴² En estos casos no es lícito hablar, con mera transposición mecánica, de helenización, ni siquiera, de manera simple e inmediata, de influencia griega. Del debatido tema, cf., finalmente, A. Domínguez Monedero, *Hellenization in Iberia?: The reception of Greek Products and influences by the Iberians* en: G. R. Tsetschladze, *Ancient Greeks: West & East*, Leiden 1999, 301-329, en especial 322-323.

⁴³ Para el proceso formativo del ibérico pleno en Valencia, cf. de manera sintética, cf. A. Ruiz y M. Molinos, *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona 1993, 78-79.

ática de lujo que los traslada hacia los más diversos puntos del Mediterráneo. En el proceso de transmisión los hitos suelen no ser evidentes. En los ejemplos ibéricos atisbamos una gran versatilidad en su recepción y adaptaciones y las incertidumbres marcan nuestras conjeturas⁴⁴.

Parece muy improbable –aunque no imposible– que el ánfora se hubiera encargado o adquirido *ex professo* en la misma Atenas para un príncipe o para una celebración político-religiosa específica en el extremo occidente. No obstante, no faltan indicios, sobre todo para una época temprana como es aún el siglo V a. C., que nos permitan pensar en circuitos específicos de intercambio de productos de lujo entre aristócratas⁴⁵. Un notable caso ibérico de la Bastetania es la *phiale mesómphalos* de bronce que se integra en el mismo ajuar funerario de la estatuilla de alabastro de la diosa con pechos perforados de Galera (Granada), donde este tipo de pátera, muy escaso y de circulación restringida, construye y complementa el ajuar de un personaje ilustre, posiblemente de estirpe sacerdotal, que ejerce la libación⁴⁶. Nada, pues, más adecuado para este personaje que una *phiale* de lujo. B. B. Shefton propuso que se tratara de un presente que relaciona a príncipes y aristócratas mediterráneos coetáneos que comparten la posesión de determinados objetos singulares⁴⁷. Una idea que, al menos, hemos de dejar abierta: el ámbito de las relaciones entre los mejores, los *aristoi*, pudo ser mucho más amplio y la circulación de objetos más versátil de lo que hoy suponemos.

Pero hemos de atender a otros paralelos más próximos con que iluminar el ánfora.

⁴⁴ Hay múltiples modalidades en las relaciones de producción y encargo que se atisban en la cerámica ática de épocas arcaica y clásica, y en especial para aquellos productos singulares que se destinan a un entorno de aristócratas y de príncipes externo, ajeno a Grecia. A. W. Johnston, *Greek Vases in the marketplace*, en: T. Rasmussen y N. Spivey, *Looking at Greek Vases*, Cambridge 1991, 203-231 (con posición prudente ante el tema delicado de vasos de encargo, con sentidos específicos, y de adaptaciones de mensajes y movimientos propios, cf. 215-219).

⁴⁵ Un posible fragmento de un ánfora ática de mediados del siglo V a.C. hallado en Segóbriga (Cuenca) puede integrarse en el circuito de regalos excepcionales que penetran hacia el interior. Esta posible ánfora de Segóbriga es el documento más antiguo de este yacimiento y no habría que descartar, como en nuestro ejemplo de Agres, un similar sentido fundacional. Cf. M. Almagro-Gorbea, *La romanización de Segóbriga*, *Dialoghi di Archeologia*, terza serie, anno 10, 1992, 275: «vaso excepcional... debe considerarse como un regalo de prestigio».

⁴⁶ R. Olmos, *Apuntes ibéricos*, *Trabajos de Prehistoria* 48, 1991, 299-308; idem, *La Dama de Galera* (Granada): la apropiación sacerdotal de un modelo divino, en: Juan Pereira et alii (eds.), *La necrópolis ibérica de Galera* (Granada), Madrid 2004, 213-237.

⁴⁷ B. B. Shefton, (1991), *Comentarios a 'apuntes ibéricos'*, *Trabajos de Prehistoria*, 48, 309-312.

En el segundo cuarto del siglo V a. C. son contados los grandes vasos de cerámica ática decorados hallados en el ámbito ibérico del este peninsular, con exclusión del área ampuritana⁴⁸. El ejemplo más próximo al nuestro, coetáneo o pocos años posterior, es la gran copa de figuras rojas del Pintor de Penthesilea del Puig de la Nau en Benicarló (Castellón), cuyos fragmentos se hallaron dispersos sobre la roca o suelo de base de una calle del poblado⁴⁹ (fig. 13). Varios son los rasgos que esta kylix comparte con el ánfora de la cueva dels Pilars: su carácter aislado, único, y su valor de ostentación, que el gran tamaño del objeto proclama. Éste trasciende su estricta vertiente funcional y deviene símbolo⁵⁰. En ambos casos la dimensión se alza como valor referencial. Pero más notable, incluso, es el paralelismo iconográfico. Ninguno de los dos ejemplos recoge un tema mítico o exótico, no aparecen motivos animales o monstruosos como los habituales en la coetánea estatuaría ibérica o, por aludir a la interpretación ibérica de imágenes en cuevas, como la ofrenda de un medallón recortado de una copa ática de Figuras Rojas del siglo IV a.C. en el interior de la cueva de Cerro Hueco junto a Requena (Valencia), que muestra la imagen de un grifo de fauces amenazantes surgiendo de la tierra, una probable alusión al demon o monstruo del lugar⁵¹.

En Benicarló y en Els Pilars son temas exclusivamente humanos, vinculados a la *paideia* del joven, con connotaciones iniciáticas y pederásticas. En las caras exteriores de la copa de Benicarló el efebo con lira y su cortejamiento en la escuela protagonizan las dos escenas pero, al mismo tiempo, preludian un tránsito de edad. En el medallón se explicita el mo-

mento siguiente, similar al del ánfora: el adolescente, aquí ya sin lira, llega a la palestra embozado por completo en el manto ante la presencia del joven (fig. 13). Éste, algo mayor que él, se apoya en báculo. Ambos cruzan las miradas. Dos signos señalan la palestra: el altar o *terma* –límite y señal– por donde acaba de acceder el efebo; y el recado de atleta (estrígile, aribalo y esponja) colgado del fondo, que crea el eje visual y la ordenación del medallón. Es éste el nuevo espacio del encuentro. Similar en los dos vasos es además la relación anímica entre los dos jóvenes, la actitud recogida del que accede, frente a la expansiva y descarada del que aguarda y recibe. El borde del manto que cubre la cabeza del niño evoca posiblemente el erotismo que se traslada del ámbito nupcial: el muchacho se asemeja a una novia, se muestra con pudor similar al de una joven que va a desposarse⁵². En definitiva, en ambos vasos se narra un tránsito en la vida del adolescente.

No sabemos si la copa ha llegado, de segunda mano, ya usada e incluso restaurada por quien fuera su dueño anterior, tal vez a través de un comercio ampuritano ya establecido en el área⁵³. Es decir, si los lañados numerosos que un día la cruzaron se han realizado previamente a su adquisición última o una vez ya en el poblado. Aparentemente no quedan restos de las lañas, solo vemos las perforaciones impecables, emparejadas para asumir las grapas de plomo. Fuera como fuera, poco importa la restauración que, en todo caso, indica el enorme valor del vaso, su significación simbólica y mostrativa, con la reparación minuciosa que exigió el conservarlo, pero que probablemente impidió su uso con líquidos⁵⁴. Éstos se filtrarían entre las junturas de las lañas. Pero significativa es, sobre todo, la permanencia de la copa en el lugar, acaso fragmentada intencionadamente, como

⁴⁸ P. Rouillard, París 1991, cit. (n. 5), 156. A. Domínguez y C. Sánchez, 2001, cit. (n. 34), 66-67 (Ampurias) y 86-87.

⁴⁹ E. Sanmartí y F. Gusi Gener, Un kylix del pintor de Penthesilea procedente del poblado Ilercavón de El Puig (Benicarló, Castellón), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense* 3, 1976, 205-218; A. Oliver y F. Gusi, *El Puig de la Nau. Un hábitat fortificado ibérico en el ámbito mediterráneo peninsular*, Castellón, 1995, 175-176; A. Domínguez y C. Sánchez, *o.c.* (n. 34), 2001, 54, fig. 48, n°1. Una excelente reproducción del medallón en P. Cabrera y C. Sánchez (eds.), *Los griegos en España, Tras las huellas de Herakles*, Madrid 2000, n° 110, p. 329 (imagen en espejo). La copa ha sido objeto de una restauración reciente, con elementos nuevos en una de sus caras externas, y está a la espera de una nueva publicación. Agradecemos a Arturo Oliver, del Museo de Castellón, la información y facilidades para su estudio.

⁵⁰ Diámetro del borde: 37 cm.; envergadura (diám. con asas): 47 cm.

⁵¹ M. Gil-Mascarell, 1975, cit. (n. 2), 307; J. González Alcalde, *Las Cuevas-santuario y su incidencia en el contexto social del mundo ibérico* (Tesis Doctoral, Madrid 2002, inédita), 242, fig. 70B. Cf. a continuación de este trabajo la noticia de este autor.

⁵² H. A. Shapiro, *art. cit.* en: J. Neils y J. H. Oakley, 2003, cit. (n. 22), 102, cf. medallón de la copa de Douris en p. 84, cat. n° 45.

⁵³ De este mismo yacimiento, asociado a un almacén anfórico que ha excavado y documentado Arturo Oliver, es la coetánea copa ática de figuras rojas del Pintor Hermonax con el viento barbado Bóreas raptando a Oritía, ante sus compañeras. Cf. A. Oliver, *La vida en el poblado ibérico del Puig de la Nau en Benicarló*, Benicarló 1998. Reproducida en R. Olmos, (coord.), *Los iberos y sus imágenes* (CD Rom), Madrid 1999, n° 24.1.6. La copa de Hermonax, que probablemente tiene como función ostentar y sancionar el control aristocrático del comercio de vino en el poblado, anuncia la posterior copa del Pintor de Penthesilea, a la que precede en una o dos décadas. El eficaz lenguaje griego de la imagen ha funcionado, lo que explica el acudir de nuevo a esta fórmula de prestigio en nuestro segundo ejemplo del poblado.

⁵⁴ Sobre el lañado y grapado de vasos áticos, cf. G. Nadalini, *Considerazioni e confronti sui restauri antichi presenti sulle ceramiche scoperte a Gela*, en: R. Panvini y F. Giudice, *Ta attika. Veder Greco a Gela. Ceramiche attiche figurate dall'antica colonia*, Roma 2003, 197-206.



Fig. 13. Medallón de la copa ática del pintor de Penteseila del Puig de la Nau, Benicarló (Castellón). Museo de Castellón. Foto de Pascual Mercé, cortesía del Museo de Bellas Artes de Castellón.

tantas esculturas⁵⁵, para que nadie pueda reapropiarse de ella y volverla a usar⁵⁶. Ha quedado consagrada. Además la copa aparece en algunos casos sometida al fuego, acaso en una ritualización final: el vaso ha adquirido allí su nuevo sentido y ya no lo abandona, aunque el *oppidum* se haya quedado despoblado de sus gentes. La intencionalidad de este gesto deberá quedar presente, como en el timiaterio de bronce de la Quéjola (Albacete) con una adolescente desnuda, objeto ritual que probablemente cruza varias generaciones en el asentamiento para, por último, permanecer fielmente en él, tras su abandono en la segunda mitad del siglo V a. C.⁵⁷ (fig. 14).

⁵⁵ Como en el Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén), o como con la estatuaria de La Alcudia de Elche, hallada bajo una calle del poblado helenístico donde pudo formar parte de la memoria de los antepasados. Sobre la destrucción como gesto intencionado, en el Sudeste y la Alta Andalucía, cf. finalmente, R. Olmos y P. Rouillard, *Sculpture préromaine de la Péninsule Ibérique, Documents d'archéologie Méridionale*, 25, 2002, 275, con la anterior bibliografía.

⁵⁶ Queda por resolver, si es que es posible, el difícil problema de inutilización de la copa cuyas lañas no se conservan frente a unos orificios impecables y limpios. La copa será objeto de un estudio detenido en la memoria próxima del yacimiento.

⁵⁷ J. Blánquez y R. Olmos, «El poblamiento ibérico antiguo en la provincia de Albacete. El Timiaterio de la Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico», *Jornadas de Arqueología Albacetense en la Universidad Autónoma de Madrid*, Madrid 1993, 83-108.

Detengámonos en la iconografía, tan distintiva en los dos vasos cerámicos, junto a la singularidad de su gran tamaño, lo que los convierte ante todo en señal, en monumento. El mundo demónico, que enlaza con una memoria del territorio y remonta a un viejo pasado heroico, deja paso al predominio antropomórfico, que destaca la importancia del atuendo y los gestos del cuerpo juvenil, el diálogo erótico y la educación de la música, la sabiduría o *techne* del instrumento, un conocimiento que singulariza al aristócrata del Mediterráneo. La iconografía del conjunto escultórico de Porcuna, que retoma ambos lenguajes, reserva un campo relevante a la *paideia* del joven e incluso al lenguaje que ostenta el cuerpo desnudo⁵⁸. Un nuevo universo de valores exalta en Porcuna el valor mostrativo del cuerpo y del esfuerzo del aristócrata joven. Pueden, incluso, constatarse ecos del lenguaje de los vasos griegos, como en el torso juvenil desnudo, con trenzas sobre el pecho, icono similar al de las crateras áticas de las necrópolis andaluzas en los inicios del siglo IV a. C.⁵⁹.

⁵⁸ R. Olmos, Los grupos escultóricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). Un ensayo de lectura iconográfica convergente, *Archivo Español de Arqueología*, 75, 2002, 107-122, especialm. 115-117; T. Chapa y R. Olmos, El imaginario del joven en la cultura ibérica, *Mélanges de la Casa de Velázquez* 34,1, 2004, 43-83, especialm. 47-51.

⁵⁹ T. Chapa y R. Olmos, 2004, cit. (n. 58), 48-49, figs. 2-3.

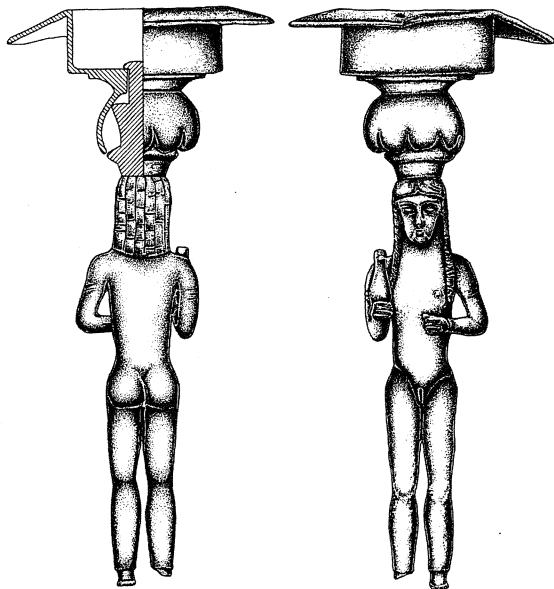


Fig. 14. Timiaterio de bronce de La Quéjola (Albacete). Adolescente desnuda con paloma. Según dibujo de Javier Jiménez Ávila, 2002.

Una tendencia comparable de este nuevo lenguaje –y, eventualmente, su confluencia con el anterior formulario orientalizante, poblado de animales y seres míticos– la detectamos en los más antiguos vasos de las tumbas bastetanas. Concretamente, dos ejemplos de Galera, a mediados del siglo V a. C., una o dos décadas, pues, posterior al ánfora de la Cueva dels Pilars y a la copa del Puig de la Nao de Benicarló. En el contexto funerario de la Bastetania se detecta, pues, la prolongación de un modelo iconográfico anticipado en el área valenciana. Son dos crateras de figuras rojas. En una de ellas, ejemplar del túmulo número 11, un jinete niño es recibido y coronado por una Victoria o Nike alada⁶⁰ (fig. 15). Dos bocados de caballo de hierro aluden al status del difunto. El valor aristocrático de la *hippotrophía* lo asume la figura, desnuda, de un infante: un tema de educación y tránsito de edad en la lectura ibérica. Por cierto, el caballo se encabrita y reacciona ante la aparición portentosa de Nike: una actitud de la sensibilidad del animal ante la presencia divina. La Victoria que realiza la libación apunta a ese mundo extraordinario y limítrofe. El episodio tiene lugar en el tránsito hacia la muerte. El demon animal, más habitual en la espacialidad marginal de la muerte ibérica, queda humanizado en la acogedora mujer con alas. Similarmente, la Dama de Baza es, ante todo, mujer en trono alado que adopta un rostro fe-

⁶⁰ A. Domínguez y C. Sánchez, 2001, cit. (n. 34), 202, n° 102, fig. 101: grupo de Polignoto, ca. 440 a.C.

menino y maternal. Queda relegada a segundo plano la vertiente demoníaca de las alas, que se traslada al mueble, al asiento divino⁶¹. En Galera, la figuración del niño puede revestir un sentido especial al resaltarse la edad temprana de su iniciación con el caballo. Este momento crucial recuerda al jinete niño, muy posterior, del relieve esculpido de Osuna (Sevilla), tal vez la representación de un *ludus* funerario que escenifica, junto con los restantes relieves del monumento, un grupo de adolescentes y niños⁶². En los ejemplos de Els Pilars, Benicarló, Galera y Baza la opción del lenguaje antropomórfico exige una precisión muy clara en las relaciones de edad y género.

El segundo ejemplo de Galera resulta aún más relevante. En el túmulo 34, junto con grandes ánforas de tradición orientalizante, decoradas con la ancha banda de animales fabulosos y vegetación exuberante⁶³, se deposita una cratera ática con una escena de *paideia* femenina (fig. 16)⁶⁴. Una tímida adolescente llega, con su lira al brazo, ante las Musas para recibir de ellas la enseñanza del canto. Se refiere el acceso o reencuentro de la joven con la sabiduría de la lira y del *diaulós*. Las diosas mostrarán la música a la privilegiada mortal. La relación musical entre las iniciadoras inmortales y la adolescente a la que introducen se establece, una vez más, por medio de la mirada directa y la respuesta, indirecta, del recato o pudor⁶⁵. La imagen y las relaciones anímicas tienen claras concomitancias con el motivo del ánfora de la Cueva

⁶¹ Sobre la interpretación ibérica de esta escena, cf. finalmente R. Olmos, *art. cit.* en: Juan Pereira *et alii* (eds.), 2004, cit. (n. 46).

⁶² R. Olmos, «En la flor de la Edad. Un ideal de representación heroico iberohelenístico», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la U.A.M.*, 28-29, 2002-2003, 259-272.

⁶³ J. Cabré Aguiló, La necrópolis de Tútuqi. Objetos exóticos o de influencia oriental en las necrópolis turdetanas, *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* XXVIII, 1920, lám. VI, nos. 23-25. Sobre la coexistencia de dos sistemas iconográficos en la tumba, cf. R. Olmos, Usos y transformaciones de la cerámica griega entre los iberos: los siglos V y IV a. de C., M.-C. Villanueva, *et alii* (eds.), *Céramique et peinture grecques. Modes d'emploi, Actes du Colloque International École du Louvre 26-28 avril 1995*, París 1999, 425-438, en especial 430.

⁶⁴ A. Domínguez y C. Sánchez, 2001, cit. (n. 34), 201-202, n° 101, fig. 100: Pintor de Munich 2335.

⁶⁵ No es otro el juego anímico de la Dama de Elche (mirada ligeramente baja) y del relieve perdido de la tumba de La Albufereta (Alicante), en el que la mujer responde con su mirada indirecta al encuentro del varón (mirada fija hacia su compañera). Este sutil juego de gestos se introduce en la copa de Benicarló y, probablemente, en nuestro fragmento dels Pilars. El aristócrata ibérico percibe e incorpora, sin duda, estos finos matices gestuales que responden a su jerarquización social. Sobre el relieve de la Albufereta, cf. E. Llobregat, 1972, 150 y R. Olmos *et alii*, *Los iberos y sus imágenes* (CD-Rom), Madrid 1999, n° 73,1,1, con la amplia bibliografía anterior.

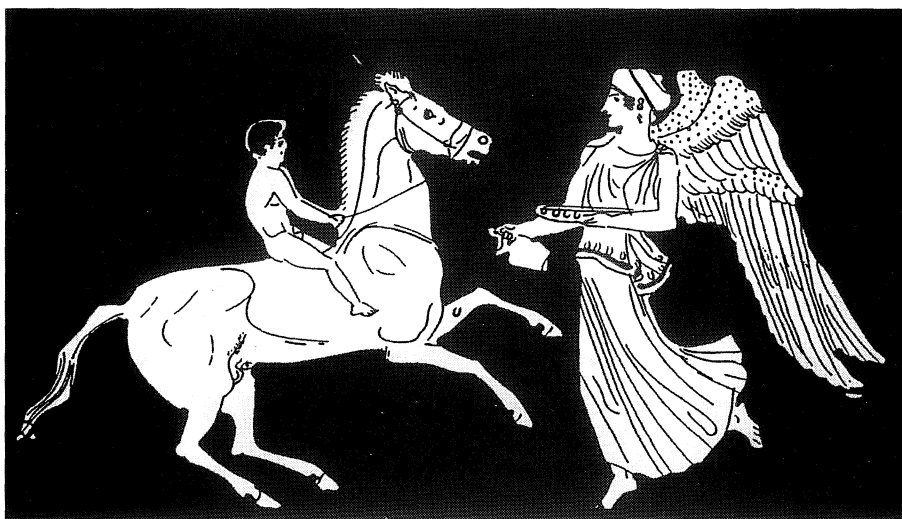


Fig. 15. Jinete niño y Nike. Desarrollo de una cratera ática de figuras rojas del túmulo nº 11 de la necrópolis ibérica de Galera (Granada). Según Carmen Sánchez 2001, fig. 101.

dels Pilars, pero trasladadas al mundo femenino y, ahora, en un contexto funerario.

Vasos-monumento como la kylix del Puig de Benicarló o el ánfora de la Cueva dels Pilars establecen un modelo de representación iconográfica basado en el ideal del cuerpo juvenil y del vestido ostentador, en su expresión antropomórfica y en el valor aristocrático de los instrumentos musicales, que son enseñanza de una *techne*, un aprendizaje distinguido. Enlazan con un ideal ya apuntado en el ajuar de la tumba de Pozo Moro –el efebo desnudo que salta en la copa; el joven, también desnudo que somete a los leones en el asa de la jarra de bronce–⁶⁶, pero encuentran su realización más plena en grupos escultóricos de la segunda mitad del siglo V, como el citado conjunto de Porcuna. Junto con la copa del Pintor de Pentesilea en el Puig de Benicarló o el timaterio de bronce de la Quéjola (Albacete), que protagonizan adolescentes, el ánfora pudo asumir la función representativa de un acto o gesto fundacional. Los tres ejemplos tienen en común su vinculación al lugar, que les dota de nuevos sentidos y de memoria o temporalidad modélica. Pero es difícil establecer con precisión estos sentidos nuevos y hemos de quedarnos, como tantas veces, en el ámbito de las conjeturas. El apoyo de otras imágenes ibéricas de épocas y contextos diversos vierten luz en nuestro temprano ejemplo alicantino.

⁶⁶ R. Olmos, Pozo Moro: ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico en: R. Olmos (ed.), *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*, Madrid 1996, 99-114. Sobre el ajuar citado: 100-102, con la anterior bibliografía de M. Almagro-Gorbea.

Como en tantos otros objetos de lujo, el ánfora de la Cueva dels Pilars y sus imágenes han debido de asumir una interpretación local. El ánfora en sí misma es un vaso simbólico altamente representativo. Pudo contener vino: el leve barniz interior que impermeabiliza las paredes lo aproxima a las grandes crateras y alude a esa función. El ánfora como articulador de una reunión cultural, colectiva, puede tener ya un antecedente en la misma cueva dels Pilars. A ello apunta el temprano ejemplo fenicio-occidental constatado más arriba. Se repetiría un gesto ya previo y prolongado, que se magnifica ahora con el esplendor de la imagen ática. La presencia de ésta puede significar, pues, no tanto una innovación, cuanto la prolongación de una actividad muy anterior protagonizada por el vaso contenedor de bebida para compartir socialmente en un encuentro en la cueva, a través del vino. Con la monumentalidad del gran vaso pintado podría culminarse un viejo hábito, que puede prolongarse con los otros testimonios de vasos de importación de bebida a los que hemos aludido. Siglos más tarde, en el abrigo de La Vacada (Castellote, Teruel), se pinta sobre la pared rupestre una gran ánfora helenística, lo que recuerda un similar protagonismo sagrado del recipiente festivo. Su presencia en el interior de una cueva que articula un territorio de frontera –en este caso en el Valle Medio del Ebro, en los límites de una zona ibérica y un área celtibérica– la dota similarmente de este singular sentido como memoria de un acto que se convocó en el lugar⁶⁷. A la sacralidad del

⁶⁷ M. Martínez Bea, Un arte no tan levantino. Perduración ritual de los abrigos pintados: el ejemplo de La Vacada (Cas-



Fig. 16. Una adolescente (a la derecha del espectador) llega con la lira bajo el brazo, ante dos Musas. Desarrollo de una cratera ática de figuras rojas del túmulo nº 34 de la necrópolis ibérica de Galera (Granada). Según Carmen Sánchez, 2001, fig. 100.

gran recipiente contenedor de vino nos asoma, además, la propia iconografía. La danza de jóvenes en torno a un ánfora pudo ser el tema de representación en ejemplos de cerámica ibérica o en otros soportes, como un gran fragmento de cálato pintado de Alloza (Teruel): dos jóvenes levantan sus brazos ante un signo anfórico cuya base acoge y resalta un ascendente brote floral, que lo denota festivamente⁶⁸. Presumiblemente han de ser jóvenes en la flor de la edad. La escena se complementa con un rito de iniciación en el territorio, el motivo del joven cazador que, jabalina en la mano, corre acompañado de su mastín tras una liebre o conejo, animal que caerá pronto en una red (fig. 17).

Pero ya la imagen misma de nuestra ánfora ática es susceptible de una relectura ibérica. La lira y el *diaulós* definen dos grupos de edad diferentes, como muestra el vaso con procesión de guerreros de una tumba de El Cigarralejo (Murcia), por cierto una imitación local que evoca un vaso de beber colectivo, una lejana cratera⁶⁹ (fig. 18). Los dos jóvenes participan en la procesión de guerreros pero su edad no les

permite aún llevar armas. El primero, de mayor altura, es el *auletér*; le sigue el niño con la lira-tortuga, instrumento fácilmente transportable y que requiere menos esfuerzo que el soplar. La imagen ibérica asocia a edades precisas los dos instrumentos y mantiene la misma jerarquía de nuestro vaso ático. La imagen de El Cigarralejo introduce a los dos jóvenes músicos en la colectividad de los varones y guarda su memoria en un vaso probablemente celebratorio y colectivo. En él, como en nuestra ánfora, cada grupo de edad cumple la precisa función encomendada.

Ésta es, pues, nuestra propuesta: el ánfora dels Pilars ha debido revestirse de memoria local. Bajo la imagen griega, se representa tal vez una iniciación de jóvenes del territorio que acceden, en fiesta, acompañados de música, al espacio liminal de la cueva, en la falda del monte y en el límite que les asoma al interior de la tierra. En ese punto crucial depositan el recipiente extraordinario como testimonio de la iniciación de su grupo de edad y del pacto sellado ante la divinidad. Tal vez la ofrenda del ánfora es precedida de la bebida del vino excepcional y de una comida colectiva. Sería entonces sugestivo ver en los jóvenes atenienses ricamente ataviados de las dos caras del vaso el modelo del grupo de adolescentes ibéricos de los diversos territorios colindantes, ataviados para la fiesta que ha de convertirse en memoria y en articulación sagrada del lugar. No olvidemos, en sus contextos respectivos, los otros ejemplos citados, asociados estrechamente a jóvenes y a espacios que proyectan nuevos sentidos a los objetos singulares y a sus imágenes. En nues-

tellote, Teruel), *Trabajos de Prehistoria* 61, nº 2, 2004, 111-125, especialmente 114, fig. 4. Muy sugestivo sobre los aspectos territoriales e iconográficos.

⁶⁸ R. Olmos *et alii*, 1999, cit. (n. 65), nº 77, 2, con bibliografía anterior; V. Pingel, Ein figürlich verziertes Bronzeblech aus dem iberischen Heiligtum vom Despeñaperros (Prov. Jaén), *Madriider Mitteilungen* 12, 1971, 131-137.

⁶⁹ R. Olmos *et alii*, 1999, cit. (n. 65), nº 36,3, con bibliografía anterior; E. Cuadrado, Un nuevo análisis de la cratera ibérica de desfile militar (Cigarralejo), *Homenaje a Jerónimo Molina*, Murcia 1990, 131-134.



Fig. 17. Fragmento de cálaro pintado de Alloza (Teruel), con ritual en torno a un motivo anfórico y escena de caza. Museo de Teruel. Según dibujo original de A. García y Bellido, digitalizado en Autocad.

tro caso, a lo largo de varias generaciones la fiesta se renovaría desde este recuerdo privilegiado, pudiéndose ofrecer otros testimonios, ya menos extraordinarios, a lo que apunta alguno de los fragmentos, menores, de cerámica ática figurada del siglo IV, como la deteriorada copa de figuras rojas de tan estilizada decoración. Tal vez, en este ejemplo, y en el caso de las cerámicas de barniz negro como la gran pátera o cuenco con palmetas impresas, se evoca con gesto recordatorio el momento originario de aquellos antepasados que, en un acto de especial relevancia en el proceso de construcción del territorio, acordaron adentrarse ritualmente en sus límites y depositaron la gran ánfora, como memoria y como símbolo, en el espacio liminal de una cueva que es centro, cruce y referencia espacial de los diversos poblados. No creemos descaminado que este cometido iniciático se reservara a los jóvenes de las

diversas comunidades del lugar. El ánfora y su imagen, exclusivamente humana, anticipan el gesto de presentación social de los exvotos antropomórficos en los accesos a los santuarios rupestres ibéricos en siglos posteriores. Aquella y éstos son testimonio de un acto colectivo y sagrado.

Pero ir más allá de estas conjeturas significaría ya adentrarse en caminos inciertos. Como en tantas propuestas de nuestro campo, hemos de dejar siempre abiertos los matices y posibilidades interpretativas. Y, sobre todo, han de mantenerse pendientes y abiertas las respuestas, que solemos basar en analogías, en comparaciones y en contrastes. Pero sin una progresiva integración del testimonio material en el proceso de construcción simbólica y apropiación del territorio ibérico, en su paisaje, difícilmente llegaremos a justificar la presencia de documentos tan singulares como esta ánfora excepcional de figuras rojas en la cueva a la que desde entonces pertenece y en la que ya permanecerá a lo largo de toda la historia ibérica.

LA COVA DELS PILARS Y SU PAISAJE

La Cova dels Pilars fue el santuario del valle de Agres y es dentro de este espacio geográfico donde debemos integrarla para tratar de interpretar el espacio sacro que constituyó en combinación con los elementos naturales y humanos del paisaje. La Valleta d'Agres, como se conoce este paraje, es un corredor fluvial de sentido Este-Oeste que queda enmarcado por el macizo montañoso de Mariola al sur y la estrecha cordillera de Agullent-Covalta al Norte. Este valle ha sido una de las principales vías de comunicación de enlace del Valle de Alcoi con las estribaciones orientales de la Meseta en la zona de Villena, siendo recorrido por el trazado histórico de



Fig. 18. Procesión de guerreros de una tumba de El Cigarralejo (Mula, Murcia). Dos adolescentes, uno de ellos niño, suenan el *diaulós* y la lira. Desarrollo de la escena, según Emeterio Cuadrado. Museo de Mula (Murcia).

los principales caminos carreteros de la región. El paraje ofrece, de igual forma, unas óptimas condiciones para la explotación agropecuaria con buenos suelos de cultivo, abundantes manantiales y cursos superficiales y zonas de pastos y bosques en las estribaciones montañosas.

La cavidad se ubica en la ladera meridional de la Valleta de Agres, a media ladera de la falda rocosa subvertical del macizo de Mariola y orientada hacia el sector central del valle. La primera característica remarcable de su localización espacial viene señalada precisamente por este emplazamiento en la zona divisoria de los dos dominios naturales: las tierras de cultivo que se extienden en las parcelas inferiores y el ámbito del bosque y el monte que se ubica en las elevaciones. La ruptura topográfica de la falda supone el límite entre el espacio campesino domesticado y el dominio silvestre no civilizado. De igual forma que la cavidad abierta en la roca supone un espacio de tránsito entre el interior de la tierra y la superficie, el emplazamiento topográfico acentúa el carácter liminal del espacio sacro. Un último aspecto viene a incidir en esta lectura espacial de lugar de tránsito y es su situación junto a uno de los principales caminos de la región, pues, como hemos señalado con anterioridad, la Valleta de Agres es una auténtica zona de bisagra entre distintas áreas geográficas. No debemos perder de vista esta posición liminal, de lugar de tránsito, que se desprende de su localización espacial y que cobra un nuevo sentido cuando relacionamos la cueva con el poblamiento del valle y los antiguos territorios que a continuación pasaremos a describir.

Las condiciones favorables para el asentamiento humano de la Valleta de Agres favorecieron una importante ocupación en la Antigüedad cuyos vestigios tapizan la zona y se localizan en la propia cueva. La ocupación durante la Edad del Bronce, en el periodo inmediatamente anterior al de nuestro interés, estaba basada en una serie de promontorios que albergaban núcleos fortificados de tamaño no muy extenso, cuyo ejemplo mejor conocido sería La Mola de Agres⁷⁰ y otros poblados como El Cabeçó de Mariola o El Cabeçó de Serrelles y algunas cavidades como la Cova Bolumini⁷¹. Estos hábitats se localizaban principalmente en la vertiente meridional del valle, en las estribaciones del macizo de Mariola, donde explotarían un entorno mixto de terrenos agrícolas en el valle y espacios de monte pro-

picio para el desarrollo de una economía agropecuaria de carácter diversificado.

Los inicios de la cultura ibérica significaron una profunda remodelación de las formas de asentamiento y de las fórmulas territoriales. Se trata de los procesos de centralización que dieron lugar a la consolidación del *oppidum* como forma principal de asentamiento y al afianzamiento de sus dominios territoriales, siguiendo un proceso semejante al descrito para otras áreas ibéricas⁷². En concreto, en el Valle de Agres se asiste a una fuerte polarización de la población en dos grandes asentamientos que se sitúan a ambos extremos del corredor fluvial. En el polo occidental El Cabeçó de Mariola consolida su posición preferente en el reborde del macizo montañoso. Sus dominios se extenderían por esta sierra y por todo el sector occidental de la Valleta donde discurre la vía de comunicación y se ubicarían los asentamientos-satélite dedicados a la explotación agrícola⁷³. En el extremo oriental, se reformula completamente la ocupación del valle y desde La Mola de Agres el asentamiento se desplaza a la vertiente contraria, a la cumbre de la sierra de La Cova, donde se establecerá el *oppidum* homónimo en un emplazamiento más elevado y por consiguiente con mejores capacidades defensivas y de control del paisaje. En ambos casos nos estamos refiriendo, en definitiva, a la emergencia de los *oppida* en los lugares predominantes del paisaje.

La consolidación de los núcleos de habitación se acompañó del afianzamiento de sus respectivos dominios políticos y este proceso no estuvo exento de fricciones territoriales que pueden identificarse con cierta claridad. Hacia la segunda mitad del s. V a. C., cuando se produce la maduración de las formas de organización ibérica, se produce la aparición del asentamiento de Errecorrals. Se trata de un pequeño enclave situado en el Alto del Portín, a unos 700 m. al NE del Cabeçó de Mariola y justo en el saliente del perfil de la montaña que impide la observación del tercio oriental del valle por parte del *oppidum* principal. La proximidad entre ambos enclaves impide que podamos pensar que constituyen dos asentamientos autónomos y más bien sugieren una relación directa entre ambos. Errecorrals sería un enclave dependiente del *oppidum* de Mariola cuya función sería el control del tercio oriental del corredor y especialmente la vigilancia directa de La Cova, el *oppidum* rival en el valle (fig. 19). Avalando esta relación encontraríamos que la ocupación de

⁷⁰ J.L. Peña, M. Enrique Tejedo, E. Grau Almero, M.A. Martí Bonafé, *El poblado de la Mola d'Agres: Homenaje a Milagros Gil-Masarell Bosca*, Valencia 1996.

⁷¹ J. Ll. Pascual Benito, 1990, cit. (n. 4).

⁷² A. Ruiz, *Els ibers i el seu espai, Els Ibers. Prínceps d'Occident, Catàleg de l'exposició*, Barcelona 1998, 77-94.

⁷³ I. Grau y J. Moratalla, *El Poblamiento de época ibérica en el Alto Vinalopó*. Villena 1998, 113-114.

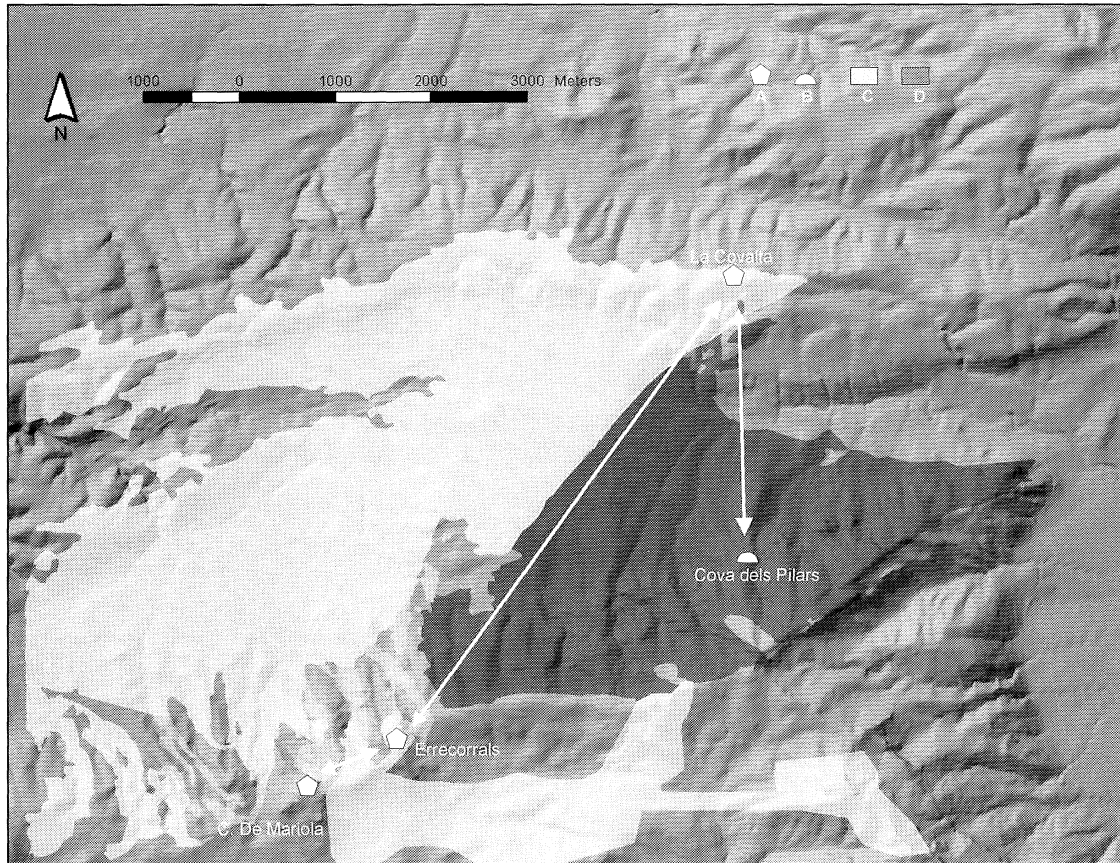


Fig. 19. El poblamiento en el Valle de Agres: visibilidad e intervisibilidad. A: Asentamientos. B: Cueva-santuario. C: Visibilidad del sistema Mariola-Errecorrals. D: Visibilidad de La Covalta.

Errecorrals finaliza casi de forma contemporánea al fin de La Covalta, es decir, cuando el abandono del *oppidum* vecino hizo innecesaria su función de vigilancia ⁷⁴.

Es en este contexto de competencia territorial donde debe situarse la construcción de un paisaje sacro organizado en torno a los *oppida* de Mariola y la Covalta, sus respectivos territorios, y la Cova dels Pilars. Nuestra aproximación al espacio simbólico constituido por estos elementos parte del análisis formal mediante los Sistemas de Información Geográfica de las pautas de visibilidad y movilidad que se establecen entre los elementos humanos del paisaje y el marco natural en que se insertan. Estos rasgos visuales y de accesibilidad nos aproximan de forma genérica a los rasgos de percepción y experimentación del paisaje y nos permite una lectura espacial del lugar de culto, que hemos de poner en sintonía con otros elementos como son las ofrendas y

⁷⁴ I. Grau y J. Moratalla, 1998, cit. (n. 73).

restos materiales depositados en la cueva. Somos conscientes de que este ensayo es la esquematización de una realidad pretérita compleja y de difícil comprensión como es un paisaje simbólico, pero únicamente el análisis del espacio de culto en su relación con el poblamiento contemporáneo nos permitirá aproximarnos a las pautas generales de organización del espacio.

De la lectura integrada de la Cova dels Pilars en el territorio cabe destacar su intensa relación con el poblado de La Covalta en función de la conexión visual y de accesibilidad. Enfrentados en ambas vertientes del valle, el *oppidum* y el lugar de culto mantienen una relación visual directa que, además, se ve beneficiada por la escasa distancia de apenas 2.960 m en línea recta que media entre ambos. La cueva se situaría en el reborde exterior de los dominios de La Covalta, en el límite del territorio explotado por los campesinos de esta población, pues se sitúa un poco más alejada de la isocrona de una hora de camino, es decir, justo tras los límites del área de captación.

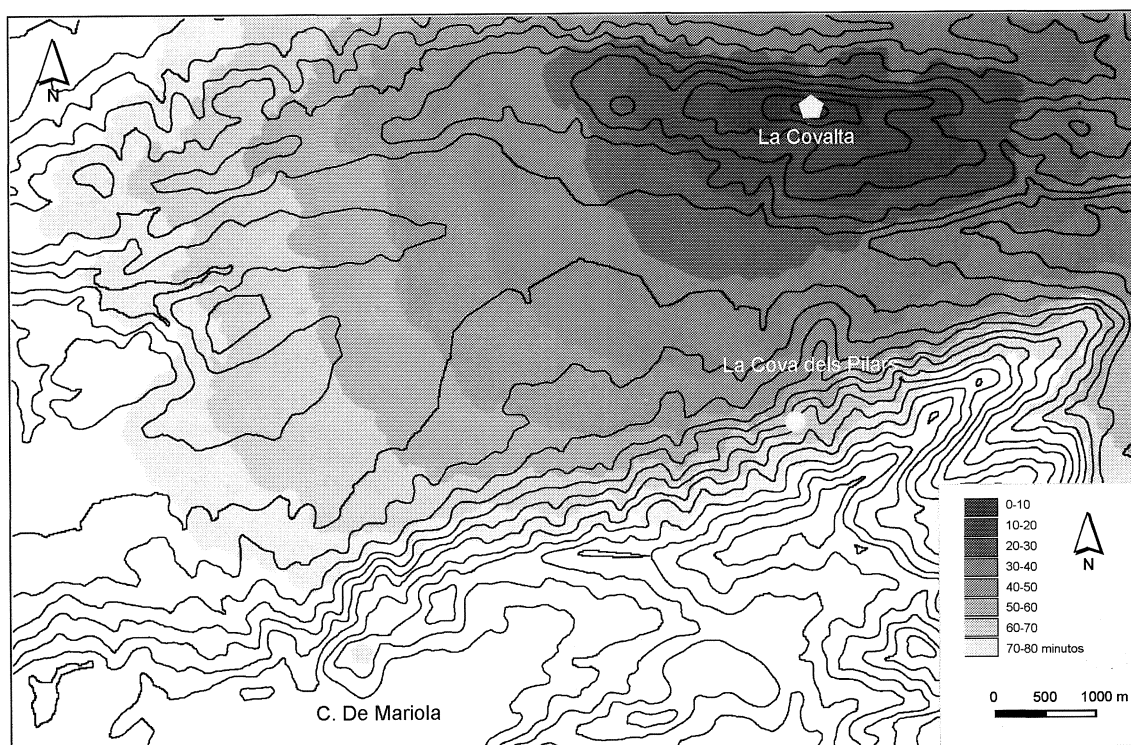


Fig. 20. Movilidad desde La Covalta. Las escalas de grises muestran las isocronas en minutos.

Más allá del confín señalado por la cueva se extiende el espacio forestal de la Sierra.

Si la relación entre La Cova dels Pilars y La Covalta parece clara, no obstante, al incorporar los restantes asentamientos del valle, el cuadro general compone una nueva imagen y un nuevo sentido. En principio pudiera parecer que el *oppidum* de Mariola se encuentra menos integrado en relación con La Cova dels Pilars, pues carece de una relación visual directa y la distancia en línea recta, con sus 5.010 m, casi duplica la de La Covalta. Sin embargo, al encontrarse en la misma falda del macizo de Mariola la accesibilidad entre ambos lugares se incrementa. Según las pautas de movilidad calculadas con los SIG (fig. 20), se observa que Els Pilars se encontraría casi equidistante de ambos *oppida*, en concreto en una relación porcentual de 44-56 a favor de La Covalta. De igual forma que sucede con La Covalta, Els Pilars también se sitúa en el confín de los dominios territoriales del *oppidum* de Mariola, que se extienden por los altiplanos de la Sierra (fig. 21).

Por todo lo enunciado parece claro el carácter liminal del lugar de culto. La elección de una cavidad relacionada con los límites territoriales de ambos *oppida* se manifiesta evidente cuando tenemos en cuenta que en las respectivas faldas montañosas de

las proximidades de ambos núcleos urbanos existían ya sendas cavidades amplias usadas como espacios sacros en diversas épocas históricas. Por tanto hubieran podido servir perfectamente de cavidades sacras en época ibérica si la prioridad espacial hubiese sido la proximidad del hábitat. Nos estamos refiriendo a La Cova Alta que da nombre al cerro y al *oppidum* homónimo y a la Cova Bolumini, cavidad sepulcral Eneolítica junto al *oppidum* de Mariola⁷⁵. Más bien parece prioritario que la relación espacial que se destaca en nuestro caso fuese con los confines territoriales y con la vía de circulación del valle.

No son escasos los lugares de culto que reúnen ciertas características comparables a las aquí descritas para La Cova del Pilars. Una mirada rápida a los trabajos clásicos sobre el emplazamiento de los lugares de culto del ámbito mediterráneo nos proporciona algunos ejemplos que muestran unas pautas generales de situación, que son comparables con nuestro caso de estudio. François de Polignac señalaba hace unos años cómo el establecimiento de cultos religiosos en el territorio era un instrumento para afianzar el dominio y organización de las posesiones

⁷⁵ A. Lorrio, Materiales cerámicos de La Cova Bolumini (Alfafara) en el Museo Camilo Visedo de Alcoy, *Recerques del Museu d'Alcoi* 5, 1997.

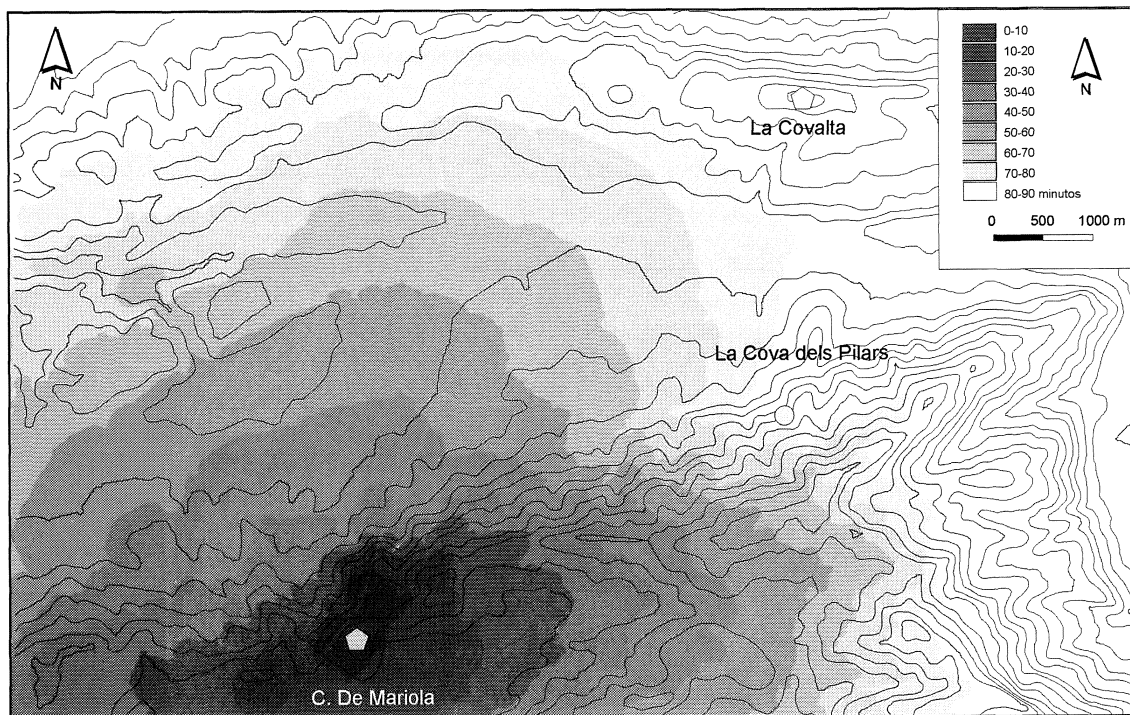


Fig. 21: Movilidad desde El Cabeçó de Mariola. Las escalas de grises muestran las isocronas en minutos.

de las colonias griegas en el Sur de Italia. Definía dos tipos de lugares sacros dispuestos en el campo, por un lado, los santuarios periurbanos dedicados a divinidades femeninas, principalmente Deméter, que consagraban el acondicionamiento del espacio de cultivo; y, por otro lado, los lugares de culto emplazados en los límites territoriales, que simbolizaban el acceso a otros espacios que implicaban aspectos como la caza y la defensa del orden civilizador frente a la barbarie, que se extendía más allá de los límites⁷⁶. Por su parte, el trabajo de I. Edlund puso el acento en el uso de espacios sagrados de carácter natural, como algunas cavidades, para la concentración de las funciones rituales en los campos de Etruria⁷⁷. O el estudio sobre la disposición de los santuarios en la *chora* de Metaponto, que muestra una clara disposición regular de las áreas sacras en torno a las vías de comunicación⁷⁸. Se muestra así una versatilidad de fórmulas de construcción del espacio simbólico que se adapta a cada territorio.

⁷⁶ F. de Polignac, *La naissance de la cité grecque*, Paris 1984.

⁷⁷ I. E. M. Edlund, *The gods and the place: location and function of sanctuaries in the countryside of Etruria and Magna Graecia (700-400 B.C.)*, Stockholm 1987, 83.

⁷⁸ J. C. Carter, *Sanctuaries in the Chora of Metaponto*. En S. Alcock, y R. Osborne, *Placing the Gods. Sanctuaries and Sacred Space in Ancient Greece*, Oxford 1994, 161-198.

Volviendo al mundo ibérico, las pautas espaciales descritas son definitorias de un buen número de lugares de culto, que se encuentran relacionados con el paisaje con una similar versatilidad. Hemos citado ya el abrigo de La Vacada, en Teruel, con la pintura de un ánfora, un espacio sagrado en una frontera territorial, recientemente objeto de un sugestivo análisis simbólico⁷⁹. Recordemos, además, cómo los principales santuarios rupestres de la Alta Andalucía –el Collado de los Jardines y Castellar en Jaén– poseen este mismo sentido de santuarios de paso o de tránsito. Su emplazamiento controla las vías de comunicación en estrechos pasos de montaña, como es sobre todo el caso de Collado de Los Jardines. Situados en el confín del territorio de Cástulo, estos santuarios también fueron los marcadores territoriales que sancionaban la expansión del territorio y la creación del *pagus* político en el s. IV a. C.⁸⁰. El mismo modelo de creación de un *pagus*

⁷⁹ Cf. M. Martínez Bea, 2004, cit. (n. 65).

⁸⁰ A. Ruiz, M. Molinos, L. M. Gutiérrez, y J. P. Bellón, El modelo político del pago en el Alto Guadalquivir (S. IV-III a.n.e.), *Territori polític i territori rural durant l'Edat del Ferro a la Mediterrània Occidental. Actes de la Taula Rodona celebrada a Ullastret*, Monografies d'Ullastret 2, Girona 2001, 11-22. G. Nicolini, C. Rísquez, A. Ruiz, N. Zafra, *El Santuario Ibérico de Castellar. Jaén. Investigaciones Arqueológicas 1966-1991*, Sevilla 2004.

se reconoce en el valle del Jandulilla con el santuario de El Pajarillo⁸¹. De nuevo el territorio se constituye en torno a un curso fluvial que es el camino de penetración y eje de articulación del territorio; el proyecto político se sanciona con la ubicación del santuario en el confín, junto a la vía de comunicación, y con la monumentalización visual de una historia fundacional y mítica⁸².

Las semejanzas en la construcción del paisaje y el territorio con el caso que nos ocupa son notorias. En este caso no nos encontraríamos con un valle despoblado que debe ser colonizado en una fase de expansión del poder político tras la consolidación del *oppidum*. Más bien se trata de un contexto de competencia territorial entre *oppida* en formación. Pero los referentes espaciales de los lugares de culto son idénticos, pues la situación en el confín del territorio y su control de la vía de comunicación obedecen a una misma necesidad de sancionar los territorios políticos a través de los espacios sacros.

Hasta el momento no contamos con información de prospecciones referida al entorno inmediato de la cueva, por otra parte muy alterado por la localización de la población de Agres y por la creación de espacios aterrizados irrigados en época andalusí. Ello nos impide conocer si existieron asentamientos en la zona y por ende una puesta en cultivo relacionada con el uso cúltico de Els Pilars. Más bien parece que la fricción podía derivarse de una posible expansión del dominio político de uno de los *oppida* y, sobre todo, del uso compartido de una vía de comunicación.

En otros trabajos uno de nosotros ha asociado la disposición de las principales cuevas-santuario del ámbito montañoso de Alicante y de la misma cronología a estas pautas de control de las principales vías de comunicación en áreas liminales. Nos referimos a La Cova Fosca de Ondara, La Cova Pinta de Callosa d'En Sarria y La Cova de la Moneda de Ibi⁸³. Todas

estas cavidades se relacionan más intensamente con pasos de montañas y límites territoriales que con respectivos poblados de sus proximidades, de lo que se podría deducir una función territorial semejante a los citados ejemplos de la Alta Andalucía.

La lectura espacial, derivada de la distribución del poblamiento y su organización territorial, nos abre simultáneamente a una configuración simbólica del espacio ibérico. Nuestro análisis nos permite hoy proponer, para el valle de Agres y durante el siglo V a. C., un proceso de establecimiento, agregación e integración de confines territoriales. El proceso iría parejo a la cohesión de los linajes aristocráticos emergentes y se expresaría en los rituales de tránsito de los jóvenes que, según nuestra propuesta, proyecta el vaso ático. Esta gran ánfora pudo depositarse como testimonio o monumento en el espacio sagrado y aglutinador de la cueva. El gesto ritual hallaría en la escena de la iniciación musical del anverso y los jóvenes en sus elegantes mantos del reverso una adecuada plasmación iconográfica. De este modo, el recipiente y su imagen mantendrían la memoria de un gesto colectivo de ofrenda. Sirve de ejemplo, de testimonio de un acuerdo, de un pacto ante las gentes del lugar que, durante las generaciones siguientes, visitarán con gesto periódico la cueva. Su amplio espacio interior ha podido acoger a los participantes en la fiesta.

El ritual iniciático que exalta la imagen ática proyecta en el encuentro de los jóvenes la consolidación de los linajes dominantes de la sociedad. Por su parte, nuestro análisis espacial remite a un proceso estratégico y político de afianzamiento de los límites territoriales del *oppidum*. Uno y otro aspecto parecen responder a dos aspectos distintos, aparentemente de difícil relación, que se dan cita en el espacio sagrado de la Cova dels Pilars. Pero en realidad ambas vertientes se entrelazan, de forma indivisible, en el proceso de consolidación de la sociedad ibérica. Los linajes aristocráticos basan su poder en el control territorial y legitiman su posición preeminente en la sociedad mediante la sanción religiosa y ritual. De ese pacto quedaría el testimonio indeleble del vaso extraordinario, nuestra ánfora.

⁸¹ M. Molinos, T. Chapa, A. Ruiz y J. Pereira Sieso, *El santuario heroico de «El Pajarillo» (Huelma, Jaén)*, Jaén 1998.

⁸² A. Ruiz *et al.*, 2001, cit. (n. 80), 13-17.

⁸³ I. Grau Mira, Territorio y espacios de culto en el área central de la *Contestania Ibérica*, *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló* 20, 2000, 219.

APÉNDICE

LA COVA DELS PILARS EN EL CONTEXTO DE LAS CUEVAS-SANTUARIO IBÉRICAS

POR

JULIO GONZÁLEZ-ALCALDE

Universidad Complutense de Madrid

La Cova dels Pilars (Agres)¹, responde por su ubicación geográfica, morfología y materiales documentados a las características de las Cuevas-Santuario ibéricas. Estas cavidades estudiadas en el ámbito mediterráneo peninsular de Cataluña, País Valenciano y Murcia², suelen situarse en áreas montañosas de accesos difíciles, con recorridos interiores frecuentemente laberínticos. Al final de estos trazados solían depositarse las ofrendas y otros testimonios a los que luego nos referiremos. Su presencia suele mantener una relación compleja con el paisaje en términos de señal dentro del territorio, visibilidad y accesibilidad, es decir establecen una relación perceptiva y simbólica con el entorno circundante. El paisaje interior se asocia en ocasiones a formaciones estalagmíticas y al agua como elemento purificador y fecundante³. Posiblemente las cuevas se vinculan con al culto de divinidades ctónicas pero no se descartan, simultáneamente funciones curativas o iniciáticas⁴. La continuidad de uso, que cruza y trasciende el tiempo ibérico con antecedentes que remontan en algunos casos a la Edad del

Bronce, como en la Cova dels Pilars⁵ y no pocas veces con largas pervivencias posteriores incluso a la época romana, como en la Cova de Can Sadurní (Begues, Barcelona)⁶, es otra de las características que un análisis funcional y espacial amplio debe tener en cuenta.

Los materiales depositados habrán de estudiarse un día en su conjunto, atendiendo a sus recurrencias, frecuencias y asociaciones internas, así como a las huellas orgánicas de las ofrendas asociadas –posibles productos líquidos y sólidos, como leche, cereales, frutos, etc.–, que sólo unos análisis futuros podrán ir precisando.

Entre los materiales ibéricos más significativos de las cuevas, son de referencia los vasos y vasitos caliciformes con cronología desde el siglo VI al II a.C.⁷, enteros y fragmentados, agrupados boca abajo sobre una capa de cenizas y carbones e incluso en hornacinas en las paredes rocosas, pueden tener ocasionalmente vinculación con el agua⁸. Se les ha relacionado con ofrendas y ritos de libaciones⁹, incluso con lámparas portadoras de luz¹⁰.

¹ I. Grau, La Cova dels Pilars (Agres, El Comtat). Aportació a l'estudi de les coves-santuari ibèriques, *Alberri* 9, 1996, 78-105.

² M. Gil-Mascarell, Sobre las cuevas ibéricas del País Valenciano. Materiales y problemas, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* XI, 1975: 281-332; P. Lillo, *El poblamiento ibérico en la Región de Murcia*. Academia de Alfonso X el Sabio, 1981, Universidad de Murcia; J. de la Vega, Contribució catalana a l'inventari de les probables coves santuari ibèriques, *Fonaments* 6, 1987, 171-181; J. González-Alcalde, *Las Cuevas-Santuario y su incidencia en el contexto social del Mundo ibérico* (Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid, 2002, inédita); J. González-Alcalde, Historiografía de la investigación sobre cuevas-santuario ibéricas de Cataluña, País Valenciano y Murcia, *Cypsel* 15, 2004, 287-300.

³ J. González-Alcalde, *Las Cuevas-Santuario ibéricas en Levante* (Tesis de Licenciatura, Universidad Complutense de Madrid, 1993 a); J. González-Alcalde, 2002, cit. (n. 2); R. Olmos, Iconografía y culto a las aguas de época prerromana en los mundos colonial e ibérico, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua V, Madrid, 1992: 103-120.

⁴ J. González-Alcalde, Las Cuevas Santuario Ibéricas en el País Valenciano: un ensayo de interpretación, *Verdolay* 5, 1993 b, 72.

⁵ I. Grau, 1996, cit. (n. 1), 85; J. González-Alcalde, Estudio historiográfico, catálogo e interpretación de las cuevas-refugio y cuevas-santuario de época ibérica en Alicante. *Recerques del Museu d'Alcoi* 11/12, 2002-2003, 68, tabla II.

⁶ A. Blasco, M. Edo, M. Millán, M. Blanch, La cova de Can Sadurní, una cruïlla de camins, *Pyrenae* 17-18, 1981-82, 15-16.

⁷ C. Mata, *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia)*. Origen y evolución de la Cultura Ibérica. Serie de Trabajos Varios del SIP, Valencia, 1991, 81-83, cuadro III; C. Mata y H. Bonet, La cerámica ibérica: ensayo de tipología, *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a E. Pla Ballester*. Serie de Trabajos Varios del SIP, Valencia, 1992, 132-133, fig. 12.

⁸ J. González-Alcalde, 2002, cit. (n. 2), 367-371.

⁹ J. M^a. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas. Tomo II. Religiones prerromanas*, Cristiandad, Madrid, 1983, 206; J. Aparicio, El culto en cuevas en la Región Valenciana. *Homenaje a A. García y Bellido I*. (Revista de la Universidad Complutense, XXV, 101, Enero-Febrero, Madrid, 1976, 23-24.

¹⁰ J. V. Martínez Perona, El Santuario Ibérico de la Cueva de Meriñel (Bugarra). En torno a la función del Vaso Caliciforme, *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a E. Pla Ballester*. Serie de Trabajos Varios del SIP, Valencia, 89, 1992, 274.

La presencia de estos vasos varía. En el País Valenciano se documentaron en una Cueva-Santuario de Castellón y en veintiuna de las treinta y cinco cuevas catalogadas de Valencia¹¹; en Alicante en ocho Cuevas-Santuario¹², una de las cuales es la Cova dels Pilars¹³; en Murcia sólo en dos de las dieciséis cavidades¹⁴. Sin embargo en Cataluña, entre las veintiséis cuevas de Barcelona, sólo figuran en dos y en una de las diez de Tarragona¹⁵; su ausencia podría deberse a su posible sustitución como material ritual, por las jarritas, bols y otros elementos de cerámica gris ampuritana y por las anforitas en miniatura, aunque fuesen cerámicas utilizadas en el mundo profano¹⁶.

La multiplicidad formal es notable. Entre los materiales de cerámica local figuran vasos, platos, cálatos pintados, tapaderas, copas, páteras, ánforas, cuencos, ollas, jarritas, etc. Algunas de estas formas están representadas en diferentes tamaños. Parte de este material citado se documentó en la Cova dels Pilars, junto con ollas globulares de mediano tamaño¹⁷, documentadas también en otras cavidades, como en la Cova de la Moneda (Ibi), asociadas a vasos caliciformes¹⁸ y en la Cueva del Puntal del Horno Ciego (Villargordo del Cabriel, Valencia)¹⁹. La presencia de estos elementos contenedores unida o no a piezas de vajilla, podría indicar la realización de comidas rituales en estos entornos subterráneos, como se señala en páginas anteriores para la Cova dels Pilars.

La cerámica de importación mediterránea hubo de poseer una significación de prestigio, ya connotada previamente por su uso en poblados y necrópolis. Mencionaremos, en primer lugar, alguno de los principales ejemplos de figuras rojas. En segundo lugar, las formas, más abundantes, de barniz negro. Unos y otros ejemplos arrojan e iluminan los materiales de la Cova dels Pilars.

Cerámicas de figuras rojas se han documentado en otros yacimientos, además de los ejemplos aquí analizados de la Cueva del Valle de Agres. Es significativo un fragmento de *kylix* del segundo cuarto del siglo IV a. C. de Cerro Hueco (Requena)²⁰. El medallón se decora con la prótome de un grifo de fauces amenazadoras surgiendo de la tierra, entre elementos posiblemente acuáticos y florales que el ibero podría reinterpretar como simbolización del espacio subterráneo de la cueva: agua y fecundidad vegetal asociadas al surgimiento del monstruo o demon del lugar²¹. Así, a la izquierda del grifo vemos una línea ondulada, y a la derecha una voluta. Hoy no es posible documentar mejor la copa, en posesión de un particular inaccesible en Requena, pero los paralelos de otros yacimientos como otra copa muy similar de la necrópolis de Pozo Moro (Albacete) iluminan este vaso (fig. 1). En ambos ejemplos el grifo apunta a un espacio subterráneo y de tránsito: en Pozo Moro protege, como tapadera, una urna cineraria. En Cerro Hueco puede indicar la presencia del monstruo del lugar²². La presencia de estos animales salvajes e infernales parece confirmarse desde la propia representación ibérica en el singular fragmento de la Cueva de la Nariz, en Umbría de Salchite (Moratalla, Murcia), con la imagen frontal, epifánica, de una mujer²³: probablemente es la divinidad del lugar, rodeada de sus animales, como señora de este espacio limítrofe y marginal ante la cual arden ofrendas sobre un altar bajo o *eschara* (fig. 2). En Cataluña se encontraron en la Cova de les Encantades o Forat de les Bones Dones (Cabrera de Mar), con cronología de la primera mitad del siglo IV a.C., una pared de una *kylix* con motivos de difícil identificación, un fragmento de pared de una *pe-like* con ovas y un pie de cratera ática²⁴.

En algunas de estas cavidades se documentaron cerámicas de barniz negro áticas que se expanden desde mediados del siglo V a. C. hasta mediados o

¹¹ J. González-Alcalde, Cuevas-refugio y cuevas-santuario en Castellón y Valencia: espacios de resguardo y entornos iniciáticos en el mundo ibérico, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 23, 2002-2003, 189-248, tabla 4.

¹² J. González-Alcalde, 2002-2003, cit. (n. 11), 57-84, tabla II.

¹³ I. Grau, 1996, cit. (n. 1), 78-105.

¹⁴ J. González-Alcalde, 2002, cit. (n. 2), 330-359.

¹⁵ J. González-Alcalde, 2002, cit. (n. 2), 62-77, 158-167, 105-152, 182-200.

¹⁶ Comunicación personal de Ramón Coll Monteagudo, Museo de Premià de Mar, Barcelona.

¹⁷ I. Grau, 1996, cit. (n. 1), 78-105; J. González-Alcalde, *art. cit.* 2002-2003, 68-70, tabla II.

¹⁸ F. J. Cerdà, La cova de la Moneda (Ibi, Alacant): una cova santuari ibérica a la Foia de Castalla. *Recerques del Museu d'Alcoi* 5, 1996, 199-202.

¹⁹ M^a. A. Martí Bonafé, Las Cuevas del Puntal del Horno Ciego. Villargordo del Cabriel. Valencia. *Saguntum-PLAV* 23, 1990, 153 y 157.

²⁰ J. Aparicio y F. Latorre, *Catálogo-guía del museo arqueológico de Requena (Valencia, España)*. Requena, 1977, 32-33.

²¹ R. Olmos, *Archiv für Religionsgeschichte* VI, 2004.

²² Cf. R. Olmos, "Interprétations ibériques des vases grecs: le IV^e s. av. C.", en: AA.VV., *Ancient Greek and Related Pottery*, Alland Pierson Series, 5, Amsterdam, 1984, 222, fig. 4.

²³ P. Lillo, Una aportación al estudio de la Religión Ibérica: La Diosa de los Lobos de la Umbría de Salchite, Moratalla (Murcia), *XVI CNA, Murcia-Cartagena, 1982*, Zaragoza, 1983, 769-787; J. González-Alcalde y T. Chapa, «Meterse en la boca del lobo». Una aproximación a la figura del "carnassier" en la religión ibérica», *Complutum* 4, 1993, 169-174; R. Olmos, 2004, cit. (n. 21).

²⁴ R. Coll, F. Cazorla, F. Bayes, El santuari ibèric de la cova de les Encantades del Montcabrer (Cabrera de Mar, El Maresme). Estudi preliminar, *Laietania* 9, 1994.



Fig. 1. Grifo surgiendo de la tierra. Copa ática de Figuras Rojas del siglo IV a. C. de la Pozo Moro (Albacete), que sirvió de tapadera de una urna. Museo Arqueológico Nacional. Según dibujo de Martín Almagro-Gorbea.

finales del siglo IV a. C. Entre estos materiales citemos las conocidas copas de labio marcado llamadas de Cástulo, tan populares en otros yacimientos ibéricos, y bolsales con palmetas impresas en el fondo interior: así en la Cova de la Pinta (Callosa d'En Sarriá)²⁵. El cuenco de borde externo decorado con palmetas y ovas de la Cova dels Pilars²⁶ tendría su correlato en otras páteras similares del siglo IV a. C.: así en la Cova Fosca (Ondara)²⁷.

En Valencia se documentaron en Cerro Hueco (Requena), dos copitas, una copa de pie corto, rosada y decoración impresa con palmetas y círculos, del siglo IV a. C.²⁸; en la Cueva de los Ángeles (Requena)²⁹ y en la Sima de l'Aigua (Carcaixent)³⁰. La tradición de la cerámica ática de barniz negro se prolonga en ofrendas posteriores³¹.

²⁵ Otros testimonios fragmentarios de cerámica de barniz negro y fragmentos en las Cuevas de la Pastora (Alcoi), de les Dames y de les Dones (Busot), todas en Alicante (J. González-Alcalde, 2002-2003, cit. (n. 11), 57-84, tabla II).

²⁶ (cf. *supra* p.).

²⁷ J. González-Alcalde, 2002-2003, cit. (n. 11), 62-63, tabla II.

²⁸ J. Aparicio y F. Latorre, 1977, cit. (n. 20), 32-33.

²⁹ Según información del Museo de Requena.

³⁰ D. Serrano y J. Fernández Palmeiro, Las Cuevas Rituales Ibéricas en la Provincia de Valencia. *Al-Gezira* 7, 1992, 21-22.

³¹ En Cataluña se documentaron abundantísimas cerámicas áticas de barniz negro en la Cova de les Encantades o Forat de les Bones Dones (Cabrera de Mar, Barcelona), como bordes de un plato Lamboglia 21 y otro Lamboglia 22, un borde de tapadera de *lekanis*, un pie de *kylix*, un fondo de pared de *skyphos*; también se han documentado en gran número, estas cerámicas procedentes de talleres occidentales, entre otros del taller de Rhode, como un fondo de pátera del taller de las tres palmetas radiales, forma 26 de Lamboglia, una pared y arranque de asa Lamboglia 40, fondo de un *skyphos* Lamboglia 43 (R. Coll, F. Cazorla, F. Bayes, *art. cit.* 1994), en la Cova de la Guineu o de la Font de Llinars (Font Rubí), un plato Lamboglia 23, posible taller de Rhode, del siglo III a. C. (A. Cebrià y J. Mestres, Cova de la Guineu (Font rubí, Alt Penedés). *Jornades*



Fig. 2. Fragmento de la urna ovoide de la «Diosa de los Lobos», de la Cueva-santuario de la Nariz, Umbría de Salchite, Moratalla (Murcia). Museo Arqueológico de Murcia. Según P. Lillo (1983).

En algunas cuevas se documentaron armas y monedas, tal vez vinculadas a ritos guerreros y cultos a las Ninfas³², como en Cova Bernarda (Palma de Gandía)³³ y en la Cova de les Meravelles (Gan-

d'Arqueologia 2001: Intervencions arqueològiques i paleontològiques a les comarques de Barcelona (1996-2001). Preaetes. Servei d'Arqueologia. Generalitat de Catalunya. Barcelona, 2002, 31-32) y un perfil de una base y una base en el Avenc del Gegant, Sitges (J. de la Vega, 1987, cit. (n. 2), 177).

³² J. González-Alcalde, 2002, cit. (n. 2).

³³ J. Aparicio, V. Gurrea, S. Climent, *Carta Arqueològica de La Safor*. Instituto de Estudios Comarcales «Duque Real Alfonso el Viejo». Ayuntamiento de Gandía. Arqueología-1. Gandía, 1983, 204-211 y 308-310.

día)³⁴ respectivamente. En algunos yacimientos se testimonian anillos, brazaletes y aretes de bronce, signos asociados probablemente a ofrendas personales y tal vez vinculadas a grupos de género y edad, como los testimoniados en la Cova dels Pilars, donde destaca una sortija de chatón con una figura humana³⁵. En el área de Alicante citemos los brazaletes en Cova Fosca (Ondara) y dels Coloms (Altea)³⁶. Además de la Cueva de la Torre del Mal Paso (Castellnou, Castellón), procede un anillo de hierro, una pulserilla de oro, entre cuyos eslabones se intercala un dado de oro³⁷; en las cuevas de Valencia se documentaron en mayor abundancia estos hallazgos metálicos³⁸, como también en Cataluña³⁹.

³⁴ M. Tarradell, Cuevas Sagradas o Cuevas Santuario: un aspecto poco valorado de la religión ibérica, *Memorias del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona*, Memoria de 1973, 1974, Barcelona, 30-31.

³⁵ I. Grau, 1996, cit. (n. 1), 94, fig. 10, 1.

³⁶ J. González-Alcalde, 2002-2003, cit. (n. 11), 63, 67, tabla II.

³⁷ D. Fletcher, La cueva y el poblado de la Torre del Mal Paso (Castellnou-Castellón), *Archivo de Prehistoria Levantina* 5, 1954, 187-223.

³⁸ La Sima de l'Aigua (Carcaixent), proporcionó muchos aros de cobre o bronce, de notable diámetro, algunos con decoración y tres anillos de cobre y bronce (Aparicio, 1976, cit. (n. 9), 14); un anillo de bronce de chatón, formado por discos tangentes y en su interior dos aves hechas con incisiones, un anillo de chatón oval con decoración de un círculo del que salen ocho líneas, quizá rayos, ambos en la Cueva del Puntal del Horno Ciego, Villargordo del Cabriel (M^a. A. Martí Bonafé, 1990, cit. (n. 23)); un anillo de plata en Cova Noguera, Ayora (D. Serrano y J. Fernández Palmeiro, 1992, cit. (n. 30): 23) y anillos de cobre y bronce en la Cova de les Dones, Millares (J. M^a. Blázquez, 1983, cit. (n. 9), 204-205). También tres sortijas de chatón ovaladas con decoración en Cerro Hueco, Requena (J. Aparicio y F. Latorre, 1977, cit. (n. 20), 32) y en Cova Boltá, Real de Gandía (J. Aparicio, V. Gurrea, S. Climent, 1983, cit. (n. 33), 199) además, un fragmento de brazaletes de bronce (V. Gurrea y J. Penalba, Exploraciones en la comarca de Gandía. *Homenaje a D. I. Ballester Tormo*, *Archivo de Prehistoria Levantina*, 3, 1952, 41-56).

³⁹ En Gerona, se documentaron en la Cova dels Encantats (Serinyà), un anillo de oro hecho de una lámina de sección cuadrangular en dos vueltas (perdido) y un anillito de cobre (J. Tarrús, Els Encantats de Serinyà. En J. Canal, N. Soler (Dir.): *El Paleolític a les comarques gironines*. Caixa d'Estalvis Provincial. Girona, 1976, 161-163); en Barcelona, una anilla y fragmento de otra de bronce en la Cova del Castell o del Gra, Gelida (J. de la Vega, Datos para el conocimiento de la Prehistoria de Gelida, *Bulletí Mediterrania* 10, 1977, 54, fig. 4) y en la Cova del Pany (Torroelles de Foix), además de fragmentos de un brazaletes de bronce y un pendiente (M. Almagro, J. C. Serra-Ràfols, J. Colominas, *Carta Arqueològica de España*, Barcelona, C.S.I.C. Madrid, 1945, 216). Otro brazaletes de cobre figura en la Cova de Sant Llorenç, Sitges (M. Almagro, J. C. Serra-Ràfols, J. Colominas, *op. cit.* 1945, 199) y en la Cova del Mas Vilá o de Valdecerbes o de la Vall de Serbes (Miralles), un fragmento de un sencillo anillo (A. Ferrer y P. Giró,

Las características de situación, morfología y materiales documentados⁴⁰ excluyen adscribir la mayoría de estas cuevas a lugares de habitación. Pueden considerarse espacios rituales relacionados con ceremonias de paso e iniciación⁴¹, como en otras zonas del entorno mediterráneo contemporáneo del Mundo ibérico⁴². Estas ceremonias, celebradas en entornos subterráneos representarían una frontera parecida a la muerte, en las que el neófito debería superar una situación social anterior, para alcanzar por medio del ritual un nivel o estatus más elevado y diferente dentro del grupo⁴³. El aspirante podría ser un efebo ante su tránsito a la vida adulta de la comunidad, lo que puede representar el ánfora de la Cova dels Pilars. Las iniciaciones pudieron desarrollarse como prácticas colectivas, en grupos de género y edad, como las conocidas iniciaciones de fraternidades guerreras en el mundo helénico⁴⁴, romano⁴⁵ e ibérico⁴⁶ o de aspirantes a formar parte de la clase sacerdotal⁴⁷. Bajo experiencias colectivas o individuales, el Mundo Subterráneo, heredero probablemente de ancestrales creencias de la Madre Tierra y demonios infernales, abriría al ser humano la perspectiva de un nuevo nacimiento. A través de estas prácticas religiosas ambas vertientes –la colectiva y la personal–, consensuadas y regladas socialmente se formulan y se encuentran en el espacio singular de las cuevas, marco de la hierofanía iniciática.

La Colección Prehistórica del Museo de Villafranca del Penedés, *Ampurias* 5, 1943, 195). En Tarragona se documentaron anillos, colgantes y brazaletes de bronce en la Cova de la Font Major, L'Espluga de Francolí (S. Vilaseca, La cova de la Font Major, *Trabajos de Prehistoria* 26, 1969, 197-200, fig. 45, lám. XVII).

⁴⁰ J. González-Alcalde, 2002, cit. (n. 2), 360-381 y mapas y tablas correspondientes.

⁴¹ J. González-Alcalde y T. Chapa, 1993, cit. (n. 23), 169-174.

⁴² J. González-Alcalde, *op. cit.*, 2002.

⁴³ J. S. La Fontaine, *INICIACIÓN: Drama ritual y conocimiento secreto*. Lerma. Barcelona, 1987, 19-20.

⁴⁴ H. Jeanmarie, *Curoi et Couretes. Essai sur l'éducation spartiate et sur les rites d'adolescence dans l'antiquité hellénique* (These d'État). Lille, 1939.

⁴⁵ F. Altheim, *Römische Religionsgeschichte*, I-III, Berlín, 54.

⁴⁶ M. Almagro-Gorbea, Lobo y ritos de iniciación en Iberia. *Serie Varia* 3. C.S.I.C. En *Iconografía Ibérica e Iconografía Itálica: Presupuestos de interpretación y lectura (Roma, 11-13 nov. 1993)*. Olmos, Santos (Eds.); J. González-Alcalde, 2002, cit. (n. 2).

⁴⁷ M. Eliade, *Iniciaciones místicas*. Taurus. Madrid, 1984; J. González-Alcalde, 2002, cit. (n. 2).